
CIENCIA FICCIÓN
PETER KAPRA
LA HORMIGA GIGANTE

La hormiga gigante

PETER KAPRA

La hormiga gigante

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53 Barcelona
Dr. Julián Álvarez, 151 Buenos Aires

Depósito Legal: B. 34.880 - 1969

PRINTED IN SPAIN

IMPRESO EN ESPAÑA

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

Capítulo primero

Rona se sentía desdichada. Acababa de regresar de una cita, a la cual no asistió su prometido, el estrambótico Jan Alderney, con el que ya desconfiaba de contraer matrimonio alguna vez, pese a los años que llevaban de relaciones.

Los padres de Rona le habían aconsejado reiteradamente que rompiera con él. Se lo dijeron ya, años atrás, cuando Jan fue expulsado del Instituto Biológico, donde trabajaba.

Jan era biólogo, especializado en biogenética. Pero todas cuantas personas

le conocían aseguraban que estaba loco. Rona sabía que no era cierto, aunque en ocasiones tuviera sus dudas.

Y todo era debido a las extrañas ideas de Jan, sus estudios sobre mutaciones genéticas, sus peregrinas ideas y, especialmente, su fantasía tan poco científica.

Rona sabía que Jan era un hombre inquieto e inquietante. Precisamente, el director del Instituto Biológico, al decidir expulsarle del trabajo de investigación que realizaba en Galveston, le había dicho:

»—No crees más que en tu propia doctrina, Jan. Tus teorías son descabelladas y absurdas. Estás destinado al fracaso y nos pones a todos en ridículo.

Jan, por su parte, había dicho de Svan Gordon:

»—Es un envidioso, un retrógrado, un cretino y un necio. Lamento el tiempo que he perdido trabajando a su lado... ¡Que se quede con su instituto del diablo y con su corte de imbéciles y aduladores!

Después Jan hubo de rectificar su diatriba, haciendo justicia a su novia, porque Rona también pertenecía a la plantilla del Instituto Biológico de Galveston, donde ocupaba un puesto relevante, como doctora en bioquímica orgánica.

En realidad, Rona conocía a Jan desde los ya remotos tiempos universitarios, diez años atrás. Estuvieron juntos un par de cursos, se hicieron primero amigos y luego novios, hablando incluso de matrimonio. Pero este no se llegó a realizar, pese a que Jan tenía ahora treinta años y ella veintiséis.

Era innegable que él la quería. Rona no dudaba de esto. Pero también era cierto que los trabajos de Jan parecían tener más importancia que ella. No era la primera vez que, absorto en sus investigaciones, Jan se olvidaba de acudir a la cafetería de Anohuac, donde solían encontrarse por las noches, dos veces a la semana.

Ella podía ir en el coche a las salinas próximas a la desembocadura del río Trinidad, en el paraje más solitario e insalubre de la Bahía de Galveston, en donde Jan había instalado su laboratorio particular.

En realidad, Jan se alegró cuando lo expulsaron del instituto.

»—Ahora podré trabajar en lo que me dé la gana —había dicho.

Jan tenía algún dinero, no mucho. Al morir su madre, recibió una herencia de sesenta mil dólares, pero la mitad la gastó en el microscopio electrónico de segunda mano que compró en Nueva Orleans, procedente de la subasta de una empresa en quiebra, y en la instalación de su laboratorio particular.

Alderney Biological Laboratory

Rona se había reído estrepitosamente la primera vez que acudió allí, acompañada por el ufano Jan, y vio el vetusto edificio medio en ruinas y el cartelón que su novio había pintado para indicar al visitante que allí trabajaba un hombre de ciencia.

Las abandonadas montañas de cloruro sódico que se veían en torno al

laboratorio de Jan hablaban de tiempos ya idos, como la casa que antaño ocuparan las oficinas de la empresa explotadora de las salinas, y que ahora Jan pretendía destinar a centro de estudios biogenéticos.

Sin embargo, al ver lo que su novio había hecho en el interior, Rona cambió de parecer. No era un laboratorio como el del instituto, pero, en esencia, y gracias a la presencia del microscopio electrónico y otros aparatos de análisis, parecía algo esperanzador.

Rona incluso le ayudó muchas tardes y días festivos a poner las cosas en orden.

»— ¿A qué piensas dedicarte, Jan? —fue la primera pregunta que le hizo ella.

»—Quiero estudiar sobre el origen de las hormigas.

»— ¿Hormigas? ¿Por qué de las hormigas?

Jan se había encogido de hombros.

»—Y ¿qué vas a sacar de todo esto? ¿De qué vas a vivir cuando se te acabe el dinero?

»—Eso no me preocupa. Solicitaré ayuda a la Universidad de Galveston. De momento, no necesito nada de nadie... ¡Excepto de ti!

* * *

Rona Nowara estaba dispuesta a romper definitivamente sus relaciones con Jan Alderney. Casi llorando de rabia, se había levantado de la mesa, sin terminar la cena, por no poder soportar las palabras de su madre, acusándola de haberse portado como una necia con Jan.

«¡Ese inútil y paranoico Alderney, el salinero de Anohuac!», había dicho la señora Nowara.

Con un seco y cortante «¡Basta, mamá!», Rona se había levantado, medio volcando su silla metálica, y corrió hacia la escalerilla automática.

Su padre se quedó un tanto desconcertado y no pudo articular palabra, por tener parte del besugo asado en la boca.

La puerta de la habitación de Rona se abrió automáticamente, al acercarse ella, y luego se cerró del mismo modo. Casi con desespero, la joven presionó el pulsador que transformaba la estancia en dormitorio, haciendo que surgiera el lecho circular en el centro, las banquetas, el tocador y se descorriera la puerta del ropero.

Tal y como iba, con su corto atuendo de cena, Rona se arrojó sobre el lecho, sollozando y cubriéndose el rostro con ambas manos. Ya no podía soportarlo más. Aquella mañana, Jan la había llamado por visófono. Parecía contento y dijo que la vería en la cafetería donde solían verse, a las ocho.

Pero él no había acudido a la cita... ¡Y ella vio en la pequeña pantalla visora, detrás de él, la confusa figura de una mujer!

¿Quién estaba en el laboratorio de las salinas?

Rona estuvo tentada, al salir del Instituto, por la tarde, de tomar su coche e ir a verle. Pero no quiso admitir que estuviese celosa. Esto era inadmisible.

Ella no tenía celos de nadie. Era una doctora, una mujer de ciencia, ¡no una mujer cualquiera!

En aquel momento, sobre la repisa circular, bajo la ventana panorámica, se oyó un zumbido.

Rona se puso en pie de un salto y miró la oscura pantalla del fonovisor. ¿Sería él que la llamaba desde la cafetería, a donde habría llegado con tres horas de retraso?

Junto a la cabecera del lecho, Rona tenía el control distante del fonovisor. Lo presionó y le iluminó la polícroma pantalla, apareciendo el semblante nervioso de Jan, que miraba ansiosamente hacia la borrosa imagen que tenía delante, dado que la cámara de Rona estaba desenfocada.

—Rona, ¿dónde estás?

— ¡Aquí! —gritó ella.

—Acércate que te vea.

— ¡No quiero!

La joven observó de nuevo la imagen borrosa de una mujer de cabellos cortos y oscuros, situada detrás de él. No estaba, pues, en la cafetería, sino en el despacho del laboratorio.

— ¡Porque estoy harta, Jan! ¡Esto ya dura demasiado! ¡Soy el foco de la crítica de todo el mundo, tanto en el Instituto como en casa! ¡Y ya me he cansado de soportarte, Jan!

—Por favor, Rona. No debes decir eso. No he podido ir a verte. Esta mañana, después de llamarte, ha llegado la doctora Farrow... ¿Te acuerdas de Alice Farrow? Estuvo con nosotros en la Universidad. La consulté por visófono acerca de mis trabajos embriológicos y hoy ha venido. Está interesada en el desarrollo de mi «pogonomyrmex», y creo que hemos averiguado algo asombroso.

— ¡Recuerdo a la doctora Farrow! —contestó Rona, despectivamente—. Estaba siempre coqueteando en torno suyo.

— ¡Rona! ¿Cómo te atreves a decir...?

La borrosa imagen que Jan tenía detrás se hizo más clara, al acercarse al foco la mujer que estaba en el despacho detrás de él. Jan se volvió a medias, confuso.

Rona recordaba a Alice Farrow. La reconoció y se mordió los labios al ver la sonrisa que fluctuaba en su ovalado y moreno semblante.

—No creí que me considerases una coqueta, Rona. Yo podía decir lo mismo de ti... ¿Por qué no te acercas al foco, que te vea? Hace años que no nos vemos.

Rona avanzó hasta situarse justamente encima de la banqueta. Sabía que ellos podían verla perfectamente. La luz infrarroja que despedía el ojo invisible de la cámara del fonovisor captaba perfectamente su imagen.

Rona tenía veintiséis años, pero su graciosa y esbelta figura parecía corresponder a una muchacha de dieciocho o veinte. De algo podía presumir más que Alice Farrow, y era de belleza natural. En cambio, la que ahora

consideraba como rival suya, no podía ocultar sus casi tres décadas, unos ojos cansados que ni el maquillaje podía disimular y una figura moldeada por masajistas, al parecer no muy expertos.

— ¿Me veis bien ahora? —preguntó, desafiante.

—Te ves muy bien, Rona —dijo Alice—. Me alegro de volver a verte.

—Déjate de simplezas, Rona —intervino Jan.

Este era un hombre de anchos hombros, ligeramente encorvado hacia adelante, rostro alargado y ojos inteligentes y azules, que se peinaba el cabello cobrizo con una raya perfecta, a la derecha de su cabeza viril.

Tanto Jan como Alice Farrow vestían batas blancas de laboratorio.

— ¿Te parece una simpleza estar esperándote en «Groogs» más de una hora y tú sin aparecer? Ahora estoy muy contenta, al saber que te encuentras en tu magnífico laboratorio... ¡acompañado de Alice Farrow!

—Escucha, Rona. Ya basta de simplezas. Te he llamado al «Groogs» cinco minutos después de haberte ido tú. Luego llamé a tu casa, pero tu estupenda mamá me contestó airadamente que no estabas.

— ¡Pues ahora estoy!

—Escucha, Rona. Debes venir inmediatamente aquí. Alice y yo hemos hecho un sorprendente descubrimiento en mi «pogonomyrmex». Es algo asombroso e increíble que va a causar sensación en los medios científicos en cuanto se sepa.

— ¡No me interesan vuestras investigaciones!

— ¡La hormiga ha crecido de tamaño, Rona! —declaró Jan, secamente—. Está sufriendo una mutación pasmosa, bajo el influjo de los rayos «cappa» inductores.

Por vez primera, la doctora en biología se antepuso a la mujer y la curiosidad pudo más que su despecho.

— ¿Qué dices?

—Se está produciendo en estos momentos. La hormiga ha aumentado de tamaño a estirones... Por eso no he podido ir a verte. Es muy importante lo que está ocurriendo aquí, Rona. Creo que deberías verlo. Tu opinión puede sernos de gran utilidad. Se trata de un fenómeno inesperado. Yo esperaba otra clase de mutación. Como sabes es un himenóptero neutro al que inyecté una sustancia conocida con el nombre de «Fórmula Haecker», o sea cloruro sódico fluorizado. Esto no podía producir un crecimiento, pero los rayos «cappa» han hecho de reactivo.

—Voy inmediatamente para allá —dijo Rona—. Espérame, Jan.

Él pareció respirar aliviado.

—Sí, cariño.

Rona cerró la comunicación con la vaga impresión de que el calificativo que le había dado Jan al despedirse tenía un matiz distinto al de otras veces. Su novio era un tipo estrafalario y raro, pero siempre la trató con esmerado afecto y delicadeza.

Ahora, fuese por la insospechada presencia de Alice Farrow, llegada de

Nueva York, o por el extraño descubrimiento realizado en el laboratorio de las salinas de Anohuac, la palabra «cariño» tenía un sentido nuevo para Rona.

Sin embargo, tomó del abierto ropero un abrigo ligero, se cambió de zapatos, y salió rápidamente de su cuarto, descendiendo al garaje. El piloto de aviso se encendió en la sala donde estaban su padre y su madre.

El cabeza de la familia presionó un pulsador y preguntó:

— ¿Eres tú, Rona?

—Sí, papá. No te preocupes —replicó la voz de la joven, a través del amplificador del piloto de aviso—. Voy a salir.

— ¿Adónde vas a estas horas, hija?

—A ver a Jan. Me ha llamado.

— ¡Son más de las diez! No deberías...

—Deja ya de tratarme como si fuese una niña, papá. Te agradezco tu interés por mí, pero no tengo más remedio que salir.

El padre no supo que contestar. Se limitó a cerrar el piloto de aviso y miró a su esposa. Ninguno de los dos despegó los labios.

En el garaje, Rona abrió el «techo-puerta» del «Strom» y se sentó ante los mandos electrónicos del raudo reactor de carretera. Al poner el motor en marcha se deslizó hacia la derecha la puerta del garaje.

Y el bólido, que no ascendía más de un metro del suelo, en cuyo interior iba recostada Rona, salió, con fuerte «reprís» y silenciosamente, para tomar la rampa que llevaba al túnel de extrarradio. Antes de entrar en el circuito subterráneo, Rona hubo de aguardar a dos bólidos que circulaban con control de preferencia. En la estación de ruta ya habían captado su presencia y la luz roja destelló varias veces, advirtiéndola que aún no podía entrar en el circuito.

Galveston, como todas las grandes ciudades modernas, poseía un circuito subterráneo para gran velocidad, controlado por un cerebro electrónico, y que comunicaba con la gran arteria viaria nacional, así como con todas las ciudades satélites de su zona.

La conducción de un vehículo se realizaba por control remoto y se regulaban electrónicamente las altas velocidades a que se podía ir.

Rona solo tuvo que preocuparse de situar a «Strom» en el circuito cuando se encendió la luz verde. Inmediatamente, conectó el control automático y la máquina adquirió la velocidad que el túnel permitía en aquellos momentos de escaso tránsito: seiscientos diez kilómetros hora.

Apenas había tenido tiempo de acomodarse en el asiento reclinable, cuando el control automático se disparó con fuerte zumbido y Rona hubo de tomar las palancas de mando, para sacar el bólido del circuito y situarlo en la carretera secundaria de Anohuac, ya en el exterior, bajo el rutilante firmamento estrellado.

Ocupó el carril central, de preferencia. Un agente de tráfico nocturno la vio pasar a más de ciento veinte y le disparó un destello «solar» de advertencia que ella apenas si vio. En realidad, ya estaba saliendo de la ciudad satélite.

Tuvo la precaución, empero, de aminorar la velocidad al terminarse el

carril central. Entonces empleó los suspensores de aire y redujo a cincuenta. Estaba ya casi en las salinas y debía tener cuidado con los obstáculos que pudiera haber en la deteriorada ruta, por la que solo transitaba el «Juner» verde de Jan, un vetusto vehículo que ya debía estar retirado de la circulación, pero que el joven biogenético utilizaba únicamente desde Anohuac hasta el laboratorio de las salinas. Sus desplazamientos a Galveston los hacía en los aerobuses públicos.

Cuando Rona detuvo su coche junto al antiguo edificio de cemento e hierro, vio otro moderno automóvil, aparcado junto al «Juner» de Jan. Supuso que debía pertenecer a Alice Farrow, puesto que tenía matrícula de Nueva York.

Frunció el ceño, abrió el «techo-puerta» y saltó afuera. Inmediatamente se dirigió a la entrada del edificio, en cuyas ventanas se veía la luz blanca del interior. No tuvo que llamar. Jan había visto los potentes focos del «Strom» y salió a esperarla.

La abrazó, nerviosamente, y luego la tomó del brazo, llevándola hasta el despacho, en donde estaba Alice Farrow tomando un emparedado y café hecho en el laboratorio.

Alice sonrió.

—Pese a lo que has dicho de mí, me alegro de verte de nuevo. Rona.

—Te ruego que me perdones, Alice. Estaba muy excitada. Es mucho lo que llevo pasado con Jan por sus disparatadas ideas.

—Disparatadas ideas que van a convertirle en un hombre famoso —señaló Alice Farrow, con una sonrisa—. El «pogonomyrmex» continúa creciendo décima a décima. Ya le tenemos convertido en una termita extraña.

— ¿Continúa sometido al tratamiento de rayos «cappa»? —preguntó Rona.

—No. Está en su habitación de cristal... ¡Y como siga creciendo habremos de cambiarle de alojamiento!

—Vamos a verlo —dijo Rona, quitándose el abrigo y echándolo sobre una butaca del despacho.

Pasaron al laboratorio. Al extremo de una larga mesa de madera, junto a donde se encontraba la cámara iónica y el microscopio electrónico, pendía del techo una potente luz. Dos sillas, muy juntas, indicaban los lugares en donde habían trabajado Jan y Alice.

Allí había también un pequeño microscopio corriente, un «Zend-Astra» de veinte mil aumentos.

—Ahí lo tienes, Rona. La escala cruzada que le ha puesto Alice indica perfectamente que la hormiga ha aumentado el doble de su tamaño.

Rona se inclinó sobre el visor y estuvo estudiando el «enorme» monstruo que los cristales del microscopio ofrecían de una insignificante hormiga «picapedrera» de las Montañas Rocosas... ¡Y quedó desconcertada al ver que el formicida medía ya casi centímetro y medio!

Apartó la mirada del visor y se volvió a Jan.

— ¿Qué es esa solución de la que parece estar alimentándose?

—Es cloruro sódico fluorizado.

— ¿Sal con flúor?

—Exactamente. Pero la reacción mutante la ha producido esto —Jan señaló la cámara iónica—. Los rayos «cappa» tenían, forzosamente, que producir el cambio.

— ¿Cuánto supones que puede desarrollarse más?

—No lo sé. Pero no creo que aumente mucho más. De todas formas, estamos sobre una base firme. Hay crecimiento y eso es importante. Hemos de analizar y estudiar las clases de insectos que pueden ser tratados con el mismo procedimiento.

— ¿Es solo para insectos? —quiso saber Rona.

—Puede ser —replicó Jan, vagamente—. Alice sugirió que un tratamiento adecuado podría convertir a un hombre corriente en un gigante de cuatro metros de altura.

— ¡Cielo santo! —exclamó Rona, aterrada.

—Y ¿por qué no? —inquirió Alice Farrow.

Capítulo II

El director del Instituto Biológico de Galveston se había levantado aquel día con un humor endiablado y llegó a su despacho de más pésimo humor que nunca, porque en el bar automático donde desayunaba algo había atrancado las máquinas y no pudo desayunar.

Entró furioso en el antedespacho y gritó:

—Sarah, tráigame un café con leche.

—Sí, señor Gordon —replicó la joven, levantándose rápidamente.

Svan Gordon era un hombre rechoncho y calvo que siempre vestía de negro, incluso la camisa. Su único aditamento blanco era el lazo de pajarita sobre la camisa oscura, lo que le daba cierto aire de cuervo. Su semblante era redondo y la cara parecía prolongarse hasta la coronilla.

El personal a sus órdenes le respetaba. Pero el personal subalterno, los auxiliares o no técnicos le temían. No pasaba semana sin realizar algún despido, casi siempre por cuestiones insignificantes. Los doctores también

tenían que tener mucho cuidado con él. Era inflexible con ellos.

Y lo que más le contrariaba era la falta de puntualidad. A las nueve en punto, todo el personal del Instituto había de estar ante su mesa de trabajo. El control piloto que tenía en su despacho le indicaba que todo el mundo había conectado su reloj electrónico.

Sin embargo, aquella mañana una luz estaba sin encender en el sector técnico. Y el número de control correspondía a la mesa de trabajo de la doctora Rona Nowara.

Svan Gordon se mordió los labios y presionó el llamador de su visófono de mesa.

— ¿Dónde está la doctora Nowara? —preguntó, al aparecer el semblante asustado de una joven, en la central de comunicaciones.

—Lo siento, señor director. La doctora Nowara no ha venido.

— ¿Que no ha veni...? —Svan Gordon sintió que la ira le ahogaba—. Eso es inadmisible. A menos que le haya ocurrido algo, debía estar aquí a las nueve en punto. Y pasan ya tres minutos y medio... ¡Llámela a su domicilio inmediatamente!

—Sí, señor director.

Gordon cortó la comunicación y presionó otro llamador.

— ¡Sarah! —gritó—. ¡Venga inmediatamente con ese condenado café con leche!

Ante la máquina automática que había en el vestíbulo, la secretaria de Gordon sufrió un estremecimiento. Comprendió que el día iba a ser terrible, dado el genio que traía su jefe. Se apresuró con la máquina, tomó el vaso de cloruro de vinillo blanco y corrió hacia la oficina.

Cuando llegó hasta Svan Gordon, este recibía una nueva llamada de la central.

—Lo siento, señor director, pero la señora Nowara dice que su hija no ha ido en toda la noche a su casa.

— ¿Cómo? ¿Que no ha dormido en su casa una mujer soltera? ¡Esto es inadmisible aquí! ¡No puedo tolerarlo! ¡Impondré a esa mujer un severo castigo! ¡Claro, es la prometida del doctor Alderney, con eso está dicho todo...! Deje eso ahí y márchese, Sarah.

—Sí, señor.

La secretaria vertió un poco el contenido del vaso, en su apresuramiento por obedecer.

— ¡Es usted una inútil, Sarah! —rugió Gordon, enrojeciendo—. Limpie eso y salga de aquí... ¡Oh, Dios mío, entre todos me volverán loco! ¡Busque usted a la doctora Nowara! ¡Ya no aguanto más a ese estúpido Alderney y sus nefastos experimentos en un laboratorio ilegal! ¡Corte inmediatamente y llame al inspector Marcos!

—Sí, señor director —replicó la atribulada telefonista.

A los pocos instantes, mientras Sarah limpiaba la mesa de su jefe, el visófono se iluminaba otra vez, apareciendo el rostro grave de un hombre de

tez blanca, cuidadosamente peinado al «temple», que sonrió adulador al reconocer a su irascible interlocutor.

—Buenos días, señor Gordon. ¿En qué podemos servirle?

—Deseo que terminen ustedes con una situación anómala de competencia ilegal. Este Instituto Biológico es el único legalmente reconocido en la metrópoli y sus zonas de influencia. Como ya sabe, el doctor Jan Alderney mantiene en las afueras de Anohuac un peligroso laboratorio no autorizado ni inspeccionado por este organismo... ¡Y ya es hora de que intervenga la autoridad y lo clausure!

—Perdone, señor Gordon. Pero eso no lo podemos hacer sin autorización judicial. Debería usted dirigirse al juez de Anohuac, y dudo mucho que le extienda el mandamiento. El «Alderney biological laboratory» está situado fuera de la población y no puede ser considerado un peligro, hasta que no se demuestre lo contrario.

Más furioso aún, Svan Gordon exclamó:

— ¡Se están realizando experiencias peligrosas, inspector Marcos!

— ¿Qué clase de experiencias, doctor Gordon?

—Ensayos prohibidos por la ley. Debe usted saber que aquello no reúne condiciones técnicas para experiencias biológicas. Aquel lugar puede ser foco de epidemias y enfermedades. El irresponsable doctor Alderney no tiene medios suficientes para acondicionar su mal llamado laboratorio.

»Le digo esto porque mis informes al respecto indican que, en cualquier momento, puede pasar allí algo terrible. Y ustedes deben evitarlo.

—Pero ¿qué experimentos son esos, doctor Gordon? Sin datos concretos, no podemos actuar. El doctor Alderney nos demandaría.

—Yo soy una autoridad en cuestiones biológicas, inspector Marcos. He peritado informes científicos para su departamento —insistió Gordon, nervioso y exigente—. Sé muy bien lo que digo. Y afirmo que Jan Alderney está loco.

— ¿Lo afirma usted? En caso de enfermedad mental, sí que podíamos detenerle y llevarle al Siquiátrico Oficial. Pero, si se le reconoce y no está loco, su posición quedará malparada. Debo advertirle.

— ¡Es usted intolerable, inspector Marcos! —gritó Gordon, fuera de sí—. Hablaré con el comisionado de Orden Público. Páseme usted la comunicación.

—Veré si puede escucharle, señor Gordon —contestó el inspector, con un suspiro de resignación.

* * *

El inspector Marcos no supo lo que el comisionado de Orden Público habló con el doctor Svan Gordon, pero sí conoció inmediatamente los resultados de aquella conversación, al recibir por «telmax» una orden, que decía:

> «Realice inmediata inspección en el «Alderney Biological Laboratory» de Anohuac. Caso de hallar muestras de ensayos

> peligrosos, arréstese a los responsables y ábrase expediente. El comisionado de O. P., Arthur Casemat.»

Ante aquella orden, Marcos solo podía hacer dos cosas. Enviar a un coche patrulla o ir él personalmente. El trabajo no era mucho en aquella sociedad supertecnificada. La delincuencia era prácticamente nula y sus agentes especiales se pasaban el día dando vueltas por las calles móviles de Galveston, con las manos en los bolsillos.

Por este motivo, Marcos tomó su casco y se colgó al cinto el arma vibratoria que no pensaba utilizar, pero que era un atributo de su autoridad. La orden debía ser ejecutada sin dilación. Luego el servicio burocrático de su departamento informaría al juez de zona. Una orden del comisionado era tanto como un mandamiento judicial, y Marcos lo sabía.

Pero también estaba seguro de otra cosa, y era que el doctor Gordon era un «chinche» rabioso y malintencionado al que, de buen grado, si pudiera, enviaría a la colonia de readaptación penitenciaria de Sebine, para que los médicos le dieran el tratamiento adecuado de sicoterapia social y le tuvieran algunos años encerrado.

Marcos sabía que Svan Gordon era un sujeto nocivo.

Dio órdenes a su ayudante y abandonó la oficina. En el garaje oficial tomó un vehículo negro, con chófer, a quien dijo:

—Vamos a las salinas abandonadas de Anohuac, Pete.

—Sí, inspector. Estaremos allí en quince minutos.

El conductor utilizó el circuito subterráneo, efectuando la llamada previa de urgencia oficial, lo que bloqueaba completamente el tráfico en una hora de gran movimiento. Así pudo cruzar la bahía de Galveston en pocos minutos, causando muy pequeña demora entre los miles de usuarios del circuito subterráneo.

La velocidad del bólido oficial fue de novecientos sesenta kilómetros hora.

Cuando iban a cien por la desierta carretera secundaria de las salinas, Marcos observó:

—No teníamos tanta prisa, Pete. La misión que me trae aquí no me place.

—Este es un lugar muy bonito, señor. ¿No se utiliza ya toda esa sal?

—No. La compañía explotadora de las salinas quebró hace más de sesenta años. Ahora se emplean otros procedimientos más modernos para la obtención del cloruro sódico.

—Sí, ya sé. Sal fina de las estaciones potabilizadoras de agua. No podemos quejarnos. Por falta de sal no moriremos... Ahí está el edificio. ¿Aparco junto a esos tres coches?

—Sí.

Pete detuvo el bólido al lado mismo del «Strom» rojo de Rona Nowara.

El inspector Marcos descendió a tierra y dijo al chófer:

—Espérame aquí, Pete.

—Sí, señor.

Marcos fue hacia la entrada del viejo edificio. Consultó su reloj electrónico y vio que eran las diez menos once minutos. Grabó en su mente esta hora, para luego dar su informe.

Llamó al timbre y oyó la campana repicar en alguna parte del edificio.

A los pocos minutos, una mujer morena, en bata blanca, le abrió la puerta.

—Buenos días, soy el inspector Marcos, del Departamento Especial de Orden Público. He recibido orden de efectuar aquí una inspección. ¿Puedo saber quién es usted y qué hace aquí?

—Soy la doctora Alice Farrow, de la Universidad de Pensilvania. Estoy aquí de visita y, al mismo tiempo, ayudo al doctor Alderney, antiguo condiscípulo mío. Tenga usted la bondad de pasar, inspector.

—Gracias, doctora Farrow.

—Por aquí, inspector. ¿Quiere que llame al doctor Alderney o prefiere sorprenderlo «in fraganti» delito? —la marcada ironía de Alice hizo sonreír a Marcos, quien repuso:

—Lléveme a donde está él.

—Bien.

Avanzaron por el pasillo, pasando por delante de la puerta del despacho, hacia donde dirigió Marcos una mirada, y penetraron en el laboratorio por una puerta contigua.

Allí estaban Jan Alderney y Rona Nowara, esta en ropas de cena, manejando los controles de una cámara iónica. Ambos se volvieron, sorprendidos, al ver aparecer al visitante oficial.

— ¿Ocurre algo? —preguntó Jan, dejando su trabajo y frotándose las manos con un paño, para ir al encuentro del inspector.

—Él es doctor Jan Alderney y ella la doctora Rona Nowara —explicó Alice Farrow, haciendo las presentaciones—. El inspector Marcos, del Departamento Especial de Orden Público.

—Mucho gusto. ¿En qué puedo servirle? —preguntó Jan, inquisitivo.

—Lo siento —habló Marcos, mirando en derredor—. He recibido orden del comisionado para efectuar aquí una inspección.

— ¿Quién me ha denunciado? —preguntó Jan.

—Parece ser que el director del Instituto Biológico considera que se realizan aquí ensayos peligrosos.

— ¡Condenado y sucio Gordon! —masculló Jan—. El odio y el veneno que ese sapo lleva dentro no le deja vivir. Puede usted ver lo que hacemos aquí... Inofensivos ensayos biológicos... ¡Claro, su manía de la puntualidad! Como no has acudido al trabajo —Jan se volvió a Rona.

— ¡Qué me importa Gordon! —exclamó Rona—. Lo que estamos haciendo aquí en este momento es mil veces más importante que todo cuanto se investiga en el Instituto. Por eso no he acudido a mi trabajo y me importa un bledo que me despidan ahora mismo.

— ¿Qué es lo que están haciendo? —preguntó el inspector Marcos.

— ¿Sabe usted lo que es una «pogonomyrmex»? —preguntó Alice, con

deseos de burlarse un poco del inspector.

—No... ¡Jamás he oído ese nombre!

Rona se acercó, mostrando una caja transparente en la mano.

—Esto es.

—Nunca había visto una hormiga tan grande. ¿Es eso una «pogo»...? ¿Cómo ha dicho usted, doctor Alderney?

Rona tenía en la mano el portaobjetos del «Zend-Astra», donde se veía una hormiga simple que ocupaba todo el tamaño del recipiente transparente.

—La estamos haciendo crecer por medios químico-atómicos —explicó Alderney.

— ¿Y la hormiga ha crecido?

—Naturalmente. Puede usted comparar esta con sus hermanas. Tenemos aquí un hormiguero... ¡Véalo!

Jan condujo a Marcos a un ángulo del laboratorio, en donde había una estantería cubierta de cristales. Detrás de estos había numerosos insectos y animales.

—Esas son las hormigas compañeras de la «pogonomyrmex» —dijo Jan.

— ¡Diablos! ¿Tanto ha crecido?

—Y aún esperamos hacerla mayor. Lógicamente, llegará el momento en que ya no crecerá más. Posiblemente muera. En ese caso repetiremos el experimento con sus compañeras, hasta poder establecer coeficientes fijos de crecimiento.

»Es un trabajo lento, pero interesante. Hoy mismo nos comunicaremos con la Universidad de Galveston. Queremos que estas investigaciones tengan carácter oficial.

—Supongo que todos ustedes poseen títulos oficiales para dedicarse a esto, ¿verdad?

—En efecto, inspector. Así es.

—Y esos aparatos ¿se pueden considerar peligrosos, doctor Jan?

—En absoluto —replicó Rona Nowara—. Son, prácticamente, iguales a los que tenemos en el Instituto Biológico. Más simples y sencillos, porque todo esto ha tenido que costeárselo Jan casi sin medios. Si fuesen peligrosos, más lo serían los del Instituto que dirige el señor Gordon, puesto que aquel se encuentra en plena ciudad.

—Entiendo —Marcos echó una mirada en derredor y luego sonrió—. No se preocupen. No les molestaré más.

—No ha sido molestia, inspector —dijo Jan Alderney—. Estamos al servicio del orden público.

—Gracias... ¿Tienen aquí visófono?

—Sí, en el despacho. Venga usted conmigo.

Jan Alderney acompañó al inspector Marcos hasta el despacho.

—No se puede decir, sin embargo, que sea esto un laboratorio de primer orden —observó el inspector, sonriendo.

—Estoy seguro que dentro de poco recibiré ayuda del gobierno y esto se

convertirá en el primer laboratorio biogenético de América —contestó Jan, con entusiasmo.

—Me alegraría mucho que así fuera, doctor.

Entraron en el despacho. Sobre la mesa estaban aún los restos del desayuno que Alice había ido a buscar a Anohuac, dos horas antes. Jan lo apartó todo y Marcos presionó el botón de llamaba del fonovisor.

—Póngame con el Comisionado Casemat, por favor.

Se esfumó la imagen de la telefonista y apareció el rostro enérgico y grave de Arthur Casemat, jefe superior de policía de Galveston.

—A sus órdenes, señor Comisionado —dijo Marcos—. Me encuentro en el «Alderney biological laboratory» de Anohuac. He realizado la inspección y lamento informarle que, a mi juicio, aquí no se realizan prácticas peligrosas de ningún tipo.

—El Director del Instituto biológico afirma todo lo contrario, inspector Marcos. ¿Es usted un entendido en la materia?

—No, señor. Pero como funcionario público...

— ¡Déjese de tonterías, Marcos! Si usted no entiende de la materia que investiga, búsquese un técnico. Ese es su deber. El peritaje técnico es lo que me interesa.

Rojo como la grana, Marcos quiso añadir algo.

—Es que... El doctor Gordon habló primero conmigo.

— ¡Aténgase usted a las ordenanzas, Marcos! ¡Quiero una inspección técnica, no un simple juicio! Y basta.

El propio Arthur Casemat cortó la comunicación, dejando al inspector Marcos con la palabra en la boca.

—Lo siento —murmuró Jan Alderney, que lo había escuchado todo—. De todas formas, no se preocupe usted, inspector. Puede traer a un biólogo, si lo desea. Nosotros le daremos toda clase de facilidades —Jan se detuvo y bostezó—. Perdón, no he dormido en veinticuatro horas.

— ¡Todo es cosa de ese repelente doctor Gordon!—exclamó Marcos—. Pero me gustaría poderle enviar a Sebine.

—Allí es donde debería estar —añadió Jan—. Conozco bien a Gordon. Es el carácter más insufrible que conozco. Yo mismo le provoqué para que me despidiera del Instituto. Ya no podía aguantarlo más.

—Habré de pedir la ayuda de un biólogo. Pero si recurro al Instituto, son capaces de enviarnos al propio director.

—Pida ayuda al doctor Jerry Taff, del laboratorio universitario.

— ¿Le conoce usted? —preguntó Marcos.

—No. Pero he oído hablar de su ecuánime integridad.

—De acuerdo. Le llamaré.

El inspector Marcos estaba llamando de nuevo por el visófono, cuando Alice Farrow y Rona Nowara aparecieron en la puerta del despacho.

— ¿Dificultades? —preguntó Rona.

—El Comisionado exige un informe pericial técnico —dijo Jan.

— ¡Qué absurdo! La investigación es libre en el mundo —replicó Alice—. Si es necesario, llamaré al profesor Platten... ¡Además, tengo que hacerlo! El asunto lo requiere.

—No se preocupen. Ustedes y yo sabemos que todo está en orden. Es un simple trámite. Llamaremos al doctor Taff y él emitirá su informe —dijo Marcos—. Todo se arreglará en un par de horas.

Sin embargo, no se arregló nada, sino todo lo contrario. La llegada del doctor Jerry Taff solo sirvió para empeorar más las cosas. Cuando el jefe del laboratorio universitario supo lo que estaban haciendo Jerry y sus condiscípulas, se limitó a dictaminar:

—Esto puede ser peligrosísimo, doctor Alderney.

— ¿Peligrosísimo? ¿Por qué? —terció Alice Farrow, atónita.

— ¿Y si no pueden ustedes controlar el crecimiento de esa hormiga?

— ¿Eh? ¿Qué quiere decir?

Capítulo III

Jan Alderney fue encarcelado en los sótanos del Departamento Especial de Orden Público por orden del Comisionado Casemat. El inspector Marcos, contra su voluntad, hubo de ejecutar la orden de encarcelamiento.

Al mismo tiempo, en su bólido, Alice Farrow partía hacia Nueva York para recabar ayuda del profesor Platten, subsecretario del Departamento de Ciencias de la nación.

El doctor Jerry Taff, de la Universidad de Galveston, serio y con sentido responsable, se quedó en el laboratorio, junto con Rona, la cual intentó explicarle que sus temores carecían de fundamento.

— ¿Por qué ha de crecer este insecto tanto como usted supone?

—El cloruro sódico fluorizado, o sea la «Fórmula de Haecker», se utilizó en Europa para el desarrollo de bacterias y se consiguieron gérmenes auténticamente notables.

— ¿Qué fue de ellos? —preguntó Rona.

—Fueron eliminados, naturalmente. ¿Qué es lo que pretende demostrar el doctor Alderney?

—No lo sé. Soy prometida de Jan desde hace años y todavía no le entiendo. Pero aquí se trata de un fenómeno asombroso y nuestro deber es investigarlo hasta sus últimas consecuencias.

—Las consecuencias son imprevisibles, señorita Nowara.

— ¡No estoy de acuerdo con usted!

—Atiéndame, por favor. Me han pedido que opine en esta grave cuestión. Usted misma admite que el director del Instituto Biológico ha denunciado a su prometido por prácticas peligrosas. ¿Qué sé yo lo que sabe el doctor Gordon?

— ¡Él no sabe nada de todo esto! ¡Es un hombre abominable!

—Pero usted trabaja con él.

—Sí, trabajo con él. Y por eso sé que odia a Alderney y quiere arruinarle. Está usted colaborando a la destrucción de mi prometido, doctor Taff.

—Lo siento. Solo he querido ser ecuánime y justo.

— ¿Está usted seguro que esta hormiga puede ser peligrosa?

Diciendo esto, Rona golpeó la cajita de cristal en donde estaba encerrado el insecto objeto de la discusión.

—Profesionalmente, no lo sé. Eso es lo que he dicho y eso es lo que mantengo. Son experiencias nuevas. Desconozco hasta dónde se propone llegar su prometido. De todas formas, la señorita Farrow trabaja en el equipo del profesor Platten y en estos momentos debe estar llegando a Nueva York. Pronto tendremos noticias suyas.

— ¡Y, mientras tanto, gracias a usted, Jan está encerrado y sometido a interrogatorio robótico en los sótanos del Departamento Especial de Orden Público!

—El inspector Marcos está de su parte.

— ¡Es un policía!

Jerry Taff no replicó. Se apoyó en el tablero de mando del control iónico y, sin darse cuenta, empujó una palanquita con el codo. Junto a la palanca había una placa donde se podía leer: «R. "cappa"».

—Sé que no ocurrirá nada —dijo Jerry Taff, sonriendo—. Con sinceridad, he expuesto mi opinión. Esta experiencia puede ser peligrosa o puede no serlo. Hasta que no se vean sus resultados, no lo sabremos... De todas formas, es bueno que intervengan las autoridades. Al final, estoy convencido de que permitirán a su novio continuar su trabajo y todo acabará bien.

— ¡Oh, estoy terriblemente agotada! No he dormido en toda la noche. Y discutiendo aquí con usted no arreglaré nada. Será mejor que regrese a casa.

— ¿Puedo acompañarla, señorita Nowara?

—No, gracias. Tengo mi coche afuera. ¿Vamos?

—Como guste.

Salieron. Rona cerró la puerta del laboratorio, ignorando que detrás de ella, un extraño proceso de crecimiento biológico continuaba desarrollándose, gracias al fortuito accidente provocado por el doctor Taff en la palanca de los «rayos cappa», los cuales se extendían, invisibles, sobre la mesa del laboratorio, incidiendo directamente sobre el insecto himenóptero elegido por Jan Alderney para su singular experiencia.

Primero, la hormiga terminó con toda la solución de cloruro sódico fluorizado que tenía dentro de la caja. Luego, sus antenas y pinzas se movieron, empujando la tapadera de cristal del portaobjetos, levantándola

como un pequeño titán negro y deforme. Por último, la «pogonomyrmex» salió de su encierro y se movió sobre sus patas articuladas, yendo de un lugar a otro de la mesa, como un animal ciego y extraño.

¡Pero su volumen fue haciéndose cada vez mayor, creciendo, creciendo lenta y paulatinamente, hasta que adquirió el tamaño de una rata de laboratorio!

Fue entonces cuando se produjo otra mutación insólita.

El extraño insecto pareció estremecerse varias veces seguidas, cayendo sobre la mesa y quedando allí con las patas en el aire, como acusando un intenso dolor nervioso.

En sus crispaciones, el insecto llegó al borde mismo de la mesa. Allí pareció contraerse por última vez, y permaneció largo rato inmóvil, como si ya hubiese terminado su extraña existencia.

No fue así. De pronto, se movió de nuevo y se precipitó desde la mesa al suelo. Allí se volvió a estremecer y las antenas de su cabeza se movieron, como hurgando en el suelo.

Debía encontrarse en estado preagónico por falta de alimento para su increíble desarrollo. Y la fatalidad quiso que la experiencia de Jan Alderney tuviese lugar en aquel laboratorio, tan rodeado de salinas por todas partes. El suelo estaba sucio y lleno de partículas salitrosas, llevadas allí por los zapatos de los que entraban y salían del poco limpio laboratorio.

La «pogonomyrmex» encontró aquel polvo y lo absorbió ávidamente. Sal y cloruro sódico es exactamente lo mismo. Faltaba el proceso de fluorización, pero el insecto ya no necesitaba nada más para sobrevivir. Tenía toda la sal que necesitaba. Encontró agua y bebió, reanimándose. Luego, durante horas, se movió por el laboratorio, como amo absoluto del lugar. Pasó varias veces bajo la mesa de trabajo y los rayos «cappa» incidieron sobre él.

Transcurridas veinticuatro horas, la «pogonomyrmex» tenía ya el tamaño de una pequeña liebre y su aspecto era verdaderamente monstruoso y sobrecogedor. Todos sus miembros se habían desarrollado proporcionalmente y su cabeza, provista de dos ojos llenos de numerosos ocelos, se movía despacio, venteando con sus antenas la sal que necesitaba para su voraz apetito.

Fuera del laboratorio de Jan Alderney, las salinas estaban cubiertas de enormes montañas de sal. El monstruo no tardaría en llegar a ellas. Más allá estaba el mar y las playas rocosas de la Bahía de Galveston.

Las circunstancias no pudieron darse mejor para el crecimiento del que pronto sería conocido como el Monstruo de Anohuac, causa de terror en todo el mundo, de asombro y de una espantosa tragedia.

* * *

La jefatura de policía en una moderna metrópoli del siglo XXI es como un enorme archivo accionado por cerebros electrónicos, máquinas selectoras y clasificadores de datos humanos, computadoras de las más diversas especies y

robots.

Los robots no eran máquinas andantes, llenas de células fotoeléctricas y circuitos impresos, válvulas de germanio, titanio o transistores. Tampoco eran figuras de acero con tentáculos articulados.

Eran, principalmente, micrófonos y altavoces, ante los que se situaba un detenido para ser interrogado.

Jan Alderney pronto supo de qué iba todo esto. El inspector Marcos, con cara de circunstancias, más enojado que alegre, llevó a Jan a una salita enteramente vacía.

—Es puro trámite, doctor Alderney. Créame que lo siento, pero no puedo hacer nada más. Procuraré, no obstante, acelerar los informes exteriores para que comparezca cuanto antes frente al juez que le eximirá de culpa.

— ¡Esto es inicuo, intolerable! ¡Presentaré una demanda contra el doctor Gordon por acusación injustificada!

—Estoy deseando llegar al término de este caso para meterme personalmente con el doctor Gordon —aseguró el inspector Marcos—. Le aseguro que no saldrá bien parado. Ah, permítame darle un consejo por su bien, doctor Alderney. En el interrogatorio electrónico, procure decir siempre la verdad. Esas endiabladas máquinas poseen un control absoluto sobre las contradicciones. Un solo error que tenga servirá de base para prolongar los interrogatorios.

»Sea usted claro, conciso y no se contradiga.

Jan no replicó. Luego, el inspector Marcos le hizo pasar a una salita, sin ventanas, aunque perfectamente ventilada con extractores y renovadores de aire, donde había una silla giratoria en el centro.

Nada más cerrarse electrónicamente la puerta, una voz de tonalidades metálicas, impersonal y acento pausado, surgió de un altavoz oculto en el techo:

—Siéntese... doctor Alderney.

Jan tomó asiento, sin saber a dónde mirar.

—Diga su nombre, residencia, profesión, edad y estado.

—Jan Alderney... 85 de High Street, doctor en biogenética, treinta años y soltero.

— ¿Por qué le han traído aquí?

—Opinan que estoy realizando prácticas peligrosas en mi laboratorio.

— ¿A qué se dedica?

—Estudio un procedimiento artificial para el desarrollo y crecimiento de los insectos.

— ¿Con qué fin?

—Mejorar el conocimiento científico de las especies.

— ¿Dónde tiene el laboratorio?

—En unas salinas abandonadas, a unos veinte kilómetros al este de Anohuac, cerca de la desembocadura del río Trinidad.

— ¿Son peligrosas sus experiencias?

—En absoluto.

—Diga sí o no.

—No.

—Perfectamente... doctor Alderney. Vamos a computar. Le rogamos aguarde unos segundos. Si desea fumar, tomar algo o beber, descorra la ventanilla señalada con el número «6» y hallará lo que necesite.

Jan no se hizo rogar. Se puso en pie y observó las placas y los números correspondientes. Descorrió la número seis, que era un rectángulo, no mayor que un ladrillo, y vio una serie de pulsadores con pequeños nombres.

Presionó el de cigarrillos y por la ranura inferior le salió un aromático cigarrillo de origen turco, ya encendido ligeramente por la punta. Lo tomó y se lo llevó a los labios. Luego presionó el botón que indicaba café. Por lo misma ranura apareció una bolsita de plástico antitérmico, provisto de una anilla, de la que tiró, practicando una abertura en la bolsa. El café que contenía era de excelente calidad.

Al terminar el café, arrojó la bolsita vacía en una ranura señalada como desperdicios. Luego volvió a su silla.

A los pocos minutos se oyó una voz de timbre distinto al anterior:

—Doctor Alderney, atienda, por favor. Necesitamos datos acerca de la experiencia en la que estaba usted trabajando en el momento de su detención. Sea conciso. ¿Qué es lo que estaba haciendo?

—Utilicé la «Fórmula Haecker», a base de cloruro sódico fluorizado, para intentar el crecimiento de un insecto himenóptero. Para ello empleé el poder disasociativo de los rayos «cappa» inductores, emitidos desde una lámpara de silicio ionizado.

— ¿Qué insecto ha empleado usted en su experimento?

—Una «pogonomyrmex», o sea una hormiga procedente de las Montañas Rocosas.

— ¿Por qué?

—Se han dado casos en esa especie de individuos notablemente desarrollados. A mí, especialmente, me interesan las mutaciones de las especies. Hace años que trabajo en estas investigaciones y mi propósito es hacer crecer los insectos para poderlos examinar más detenidamente, esencialmente sus células bajo el visor del microscopio electrónico.

— ¿Espera usted obtener algún provecho de estas investigaciones?

—No... Aunque, a decir verdad, atravieso un período algo crítico. Por ese motivo tenía interés en llamar la atención de algún organismo oficial, a fin de obtener ayuda del gobierno. Confieso que cuando obtuve los primeros resultados alentadores, me puse en contacto con la doctora Alice Farrow, ayudante del profesor Platten, a la que puse en antecedentes de mis investigaciones. Ella acudió desde Nueva York y estaba presente en el momento en que llegó el inspector Marcos.

— ¿Quién más estaba presente?

—La doctora Rona Nowara.

— ¿Por qué estaba allí esa doctora?

—Fue requerida por mí. Somos prometidos. Habíamos quedado en vernos la víspera, pero un importante descubrimiento hecho en la «pogonomyrmex» me impidió acudir.

— ¿Qué descubrimiento fue ese?

—Un desmesurado crecimiento en el metabolismo del insecto que estudiábamos.

—Especifique el orden de crecimiento.

—Calculamos casi el doble de su tamaño en menos de seis horas...

— ¿Es eso natural en esa clase de insectos?

—No. Pero ya le he explicado el tratamiento a que estaba sometido.

— ¿Cree usted que ese tratamiento puede matar al insecto?

—Lo ignoro. Yo lo dejé vivo.

— ¿Puede seguir desarrollándose?

—No. Necesita alimentación e inducción a base de rayos «cappa». Al interrumpir la alimentación o los rayos, el insecto cae dentro de un estado letárgico.

— ¿Está usted loco, señor Alderney? —la pregunta surgió inesperadamente y parecía haber sido emitida por una voz humana que estuviese escuchando el interrogatorio en algún lugar del Departamento Especial de Orden Público.

—No, no lo creo.

— ¿No le importa que le sometamos a un escrutinio neuromental?

—No, no me importa.

—Gracias. Aguarde unos instantes.

Con la vaga impresión de que el hombre había mediado, valiéndose de algún medio técnico, en la conversación robótica, Jan se levantó de nuevo y fue a la ventanilla número seis, de donde extrajo un nuevo cigarrillo.

Al aspirar el humo, se sintió tonificado. Estaba seguro de llevar el interrogatorio a la perfección. Decía la verdad, no se había contradicho en nada y se sentía tranquilo. Todo acabaría bien. No había ningún peligro en las experiencias que realizaba en el laboratorio. Svan Gordon le denunció por despecho.

Creía saber la causa. Al llegar a la oficina, debió de encontrarse con la ausencia de Rona. Haría que la buscasen y no la encontraría en su casa. Luego, su furor se volcaría contra Jan, recurriendo al Orden Público, sin motivo ni razón.

Todo lo había estropeado el doctor Jerry Taff, con su olímpica inhibición. ¡Vaya un perito! Jan había esperado más comprensión de él.

De pronto, se descorrió la puerta y apareció el inspector Marcos.

—Salga, doctor Alderney —dijo, gravemente.

— ¿Qué ocurre?

—Una prueba accesoria. ¿No se ha dado usted cuenta de que el Comisionado Casemat ha mediado en el interrogatorio? —preguntó Marcos,

en voz baja.

—Sí, algo he notado.

—Debe usted ser sometido a una prueba difícil.

— ¿Cuál?

—Un psiquíatra oficial le va a realizar un escrutinio neuromental. Y eso no le beneficia a usted nada.

—No estoy loco.

—No lo niego. Pero el cerebro, en estado subconsciente, reserva muchas sorpresas. Debe usted saberlo. Siempre resulta que tenemos algún tornillo flojo, por decirlo de algún modo.

Jan sonrió.

—Entiendo. No soy yo quien responde, sino mi subconsciente. Pero no importa. Siempre he tenido curiosidad por conocer mi equilibrio mental. Esta es una buena oportunidad.

—Sí, para ir a Sebine, a manos de los psiquíatras-carceleros. Cuando uno sale de allí no sabe ni cómo se llama.

—Vamos, vamos, inspector Marcos. Creo que exagera usted —replicó Jan, animosamente.

Se dirigieron a un pasillo de piso móvil, por el que avanzaron, sin dar un paso, hasta detenerse en una «isleta» ante la que había una puerta, marcada con el letrero de «Neuropsiquiatría».

Marcos empujó la puerta. Detrás de una mesa, había una preciosa muchacha, vestida de blanco.

—Este es el doctor Jan Alderney —presentó Marcos—. La doctora Irene Walden.

—Mucho gusto — dijo ella, levantándose y dirigiendo a Jan una franca sonrisa—. Tenga la bondad de pasar al estudio. Gracias, inspector Marcos.

—De nada, Irene.

Marcos salió y Jan siguió a la bella psiquíatra hasta una salita, en donde había numerosos aparatos de complicado aspecto.

—Siéntese en esta silla... ¡No es una silla eléctrica! —bromeó ella.

Jan se fijó en sus lindas piernas y en su breve cintura. Su rostro también era agradable. Irene Walden inspiraba confianza.

Se sentó y la joven le colocó un casco sobre la cabeza. Luego, adelantó una especie de reflector triple, diciendo:

—Voy a cegarle un poco, doctor Alderney. Se quedará usted dormido dulcemente... Relájese, por favor. Así es más fácil.

Tres luces de colores se encendieron ante Jan, obligándole a cerrar los ojos. La intensa luminosidad le impedía abrir los párpados. Al mismo tiempo, le entró una suave modorra, que terminó por dormirle completamente.

Entonces, la doctora Walden se sentó delante del tablero de control de escrutinio neuromental, dispuesta a utilizar todos los recursos de la ciencia para establecer el coeficiente de inteligencia del paciente.

En menos de una hora, Irene Walden había terminado su trabajo.

Capítulo IV

Al despertar, Jan Alderney contempló la expresión de estupor que ofrecían las facciones de la doctora Walden. Sonrió y preguntó:

— ¿Qué? ¿Estoy para encerrar?

—En una jaula de oro, doctor Alderney. Coeficiente 109. Una inteligencia extraordinaria. En todos los años de mi carrera no he conocido un 109, se lo aseguro.

— ¿Quiere eso decir...?

— ¡Que no está usted loco, sino que tiene una mente privilegiada!

Jan sonrió y exclamó:

—Debe usted estar equivocada, doctora Walden. Soy un chico sencillo, algo travieso y descuidado, pero no un cerebro extraordinario.

—De cien para arriba, los cerebros como el suyo se consideran geniales.

— ¡Vamos, vamos! —exclamó Jan, poniéndose en pie—. Hará que me ruborice.

—Es mi deber informar de esto al Comisionado Casemat.

—De todas formas, gracias. ¿Cuánto tiempo he estado aquí?

—Una hora. He tenido que vencer una gran tensión que ejerce su mente, debido a las muchas horas que lleva usted sin dormir. Yo le aconsejaría que descansara usted.

Irene Walden no podía ocultar la emoción y la admiración que sentía por haberse encontrado con un 109. Solícitamente, acompañó a Jan hasta su despacho, obsequiándole con un asiento reclinable.

— ¿Desea tomar algo, doctor Alderney?

—No, gracias. Tiene usted razón. Me gustaría dormir.

—Dispongo de una habitación contigua en la que puede usted descansar cómodamente... Venga por aquí —la doctora se acercó a una puerta invisible, que se descorrió por influjo de aproximación a un mando electrónico—. Ahí tiene todo lo que puede necesitar... Baño, armario ropero, visófono y televisor. Nadie le molestará mientras descansa.

—Gracias, es usted muy amable.

—Estoy a su entera disposición. Si necesita algo, toque el pulsador de llamada. Yo estaré aquí.

La puerta se cerró y la doctora Irene Walden fue a sentarse detrás de su mesa, presionando inmediatamente el pulsador de llamada interior.

—Con el Comisionado, por favor.

—Sí, doctora Walden.

A los pocos segundos, el rostro del Comisionado apareció en la pantalla.

—Informe sobre el doctor Alderney, Comisionado —habló Irene Walden.

—Sí. ¿Cuál es?

—Se trata de un genio, señor.

— ¿Un genio? —exclamó el Comisionado, estupefacto.

—Sin lugar a dudas, señor. Su coeficiente pasa nueve puntos de cien.

— ¿Ciento nueve?

—Sí, señor. He realizado tres pruebas de neuro-psicometría. Es el primer caso que me encuentro en mi vida.

—Los hombres excesivamente inteligentes suelen ser más peligrosos que los corrientes, ¿verdad?

—Bueno. En el doctor Alderney no podemos decir que sea un sujeto peligroso.

— ¿Y si él conoce el alcance de las experiencias que está realizando?

—Lógicamente, debe sospecharlo al menos.

— ¿Ha leído usted bien su cerebro?

—Con todo detalle... Quiere normalmente a la doctora Rona Nowara. Se sumerge profundamente en su trabajo. Carece de prejuicios sociales. Respeta las leyes... Y, más que nada, posee una gran capacidad intelectual y conocimientos amplísimos de su profesión. Con esos datos, es imposible calificarle de trastornado mental.

—Sí, sí... Entiendo. Envíeme usted los análisis radiográficos y su informe completo. Lo uniremos todo al expediente.

—Correctamente, señor. Me he permitido invitar al detenido a que duerma en mi alojamiento oficial. Hace muchas horas que no duerme.

—Bien, mejor. Así tenemos más tiempo para que las computadoras dictaminen. Ni delitos ni pecados, ¿eh?

—Nada. Ni siquiera odia al hombre que le ha denunciado.

—Bien, gracias, Irene.

* * *

Jan Alderney fue puesto en libertad por el juez de zona, quien le dijo:

—Su expediente ha sido sobreseído favorablemente. Está usted facultado para continuar sus investigaciones. ¿Desea presentar denuncia contra su denunciante?

Jan se volvió hacia el público. Vio allí, entre varios excompañeros del Instituto Biológico, el rostro blanco de Svan Gordon, cuyos pequeños ojos parecían estar suplicándole piedad.

—No, su señoría. Nada tengo contra el señor Svan Gordon.

Destellaron algunas cámaras de prensa.

—El juicio ha terminado. Se levanta la sesión.

El inspector Marcos fue el primero en estrechar la mano de Jan. Rona también se inclinó sobre la barrera metálica de la sala y echó los brazos al cuello de su novio, atrayéndole hacia ella.

Luego, muchas manos se tendieron para felicitar a Jan, de quien hablaban ya todas las cadenas informativas del mundo entero. Reporteros y especialistas científicos le asediaron también. Aquello era una locura.

Todo el mundo, incluso la madre de Rona, que no podía faltar en aquel momento, querían ver de cerca al genio, tocarle, tener un autógrafo o escuchar sus palabras.

Fue necesario que los agentes al servicio de Marcos intervinieran para permitir la salida de la celebridad. Jan, sin embargo, tenía una idea en la mente y logró realizarla, abriéndose paso hasta donde estaba Svan Gordon, siempre vestido de negro y con su pajarita blanca al cuello.

—Gracias, señor Gordon. Si lo hubiese hecho usted a propósito, no habría salido mejor. Ahora dispongo de medios más que suficientes para construir un laboratorio mucho mejor que su instituto.

—No quise perjudicarte, Jan. Créeme.

—Le creo, señor Gordon. Solo quiso beneficiarme. Y lo ha conseguido. El Departamento de Ciencia me dará todo su apoyo... ¡Y la Cadena de TV Rolmett me regala un millón de dólares por una entrevista en exclusiva!

Svan Gordon se mordió los labios.

Jan ya no pudo seguir hablando. Más de veinte micrófonos portátiles habían querido recoger sus palabras. Alguien gritó:

— ¡Dejen paso al hombre genial!

Jan no supo cómo logró llegar hasta el coche familiar de Alice Farrow. Le llevaron prácticamente en volandas desde la puerta del juzgado de Anohuac hasta el coche. En la calle esperaba una auténtica batería de fotógrafos y cámaras.

Pero el inspector Marcos había tomado precauciones y Jan no fue triturado por la multitud. Cuando entró en el coche, se encontró al profesor Platten junto a él. La puerta se cerró, pero Rona consiguió, pese a quedar medio desnuda en el tumulto, sentarse al lado de Alice y cerrar la puerta.

— ¡Uf, esto es terrible! —exclamó Jan—. Marcos me lo advirtió, pero no

puedo creerlo. ¿Dónde vamos, Alice?

—Al laboratorio.

— ¿No estará invadido?

—No. El Orden Público rodea la zona.

El coche se puso en marcha y la multitud quedó atrás. Entonces, el profesor Platten puso su mano sobre el brazo de Jan.

—Estaba ansioso por conocerte, muchacho. Biólogos como tú son los que necesitamos en Nueva York. Tengo una proposición que hacerte, con carácter oficial.

—Usted dirá, profesor.

— ¿Quieres ser director de la Universidad Biológica Nacional?

Era un ofrecimiento increíble. Representaba ser uno de los hombres de mayor prestigio del mundo entero.

— ¡Oh, profesor Platten, usted me abruma! No puedo aceptar tan alto honor. Rona me dijo ayer lo de la ayuda del gobierno y tengo más que suficiente para instalar un moderno laboratorio en las salinas. No soy ambicioso.

—Es usted un 109, joven. Y a su edad, muy pocos hombres pueden vanagloriarse de ello. En la Universidad Biológica Nacional podrá usted hacer por la ciencia muchísimo más que aquí. Estará rodeado por auténticos profesores.

—Todo eso me entusiasma. Pero... Escuche, profesor. Deseo seguir trabajando en lo que tenía entre manos. Ahora, que dispongo de ayuda y medios económicos, podré dedicarme a muchas cosas. Tengo grandes proyectos... Y, deseo casarme.

—Hágalo. No hay prisa. Mi ofrecimiento no es para hoy mismo. Puede usted aceptarlo cuando quiera... Además, tendrá usted que asistir a la fiesta de los «100». Creo que le van a nombrar presidente de honor. Asistirá el presidente.

Jan era demasiado feliz. Alargó la mano y acarició el rostro de Rona, que le miraba boquiabierta, sin poder creer en todo lo que estaba oyendo.

— ¿Qué te parece todo esto, Rona?

— ¡Es maravilloso, Jan! ¡Si oyeras a mi madre...!

El coche atravesó una barrera de policías, en la carretera del «Alderney Biological Laboratory». Jan pudo ver numerosas personas que intentaban acercarse al coche familiar. Volvieron a centellear los «flashes» electrónicos.

Pero detrás de la barrera de agentes no había nadie. Llegaron al viejo edificio, donde estaba el laboratorio. El profesor Platten, al descender del coche, miró en derredor, incrédulamente.

— ¿Aquí trabajaba usted, Alderney?

—Sí, profesor. Carecía de medios técnicos, pero no de ideas. Espere a ver el laboratorio... ¡Parece que nadie ha venido por aquí en cuatro días!

Rona y Alice se adelantaron, charlando alegremente entre sí. Empujaron la puerta y, en el mismo instante, un grito agudo y estridente se escapó de la

garganta de Alice Farrow, que se quedó paralizada de terror en el mismo umbral, a la vez que algo así como dos enormes pinzas negras y erizadas de cerdas afiladas, se engarfiaban en su cuello, alzándola en vilo.

Rona también gritó, retrocediendo y cayendo al suelo.

El edificio pareció temblar entonces, como sacudido por un terremoto. Se agrietó la pared principal y la cabeza del monstruo, de dos metros de diámetro, apareció entre los escombros de la puerta abierta.

Alice, alzada varios metros en el aire, fue soltada por la horrible pinza y cayó al suelo, entre cascotes y ladrillos.

— ¿Qué demonios es eso? —gritó el profesor Platten, sufriendo un síncope que le hizo caer desmayado junto al coche.

El único que no se movió, paralizado de asombro, fue Jan, quien vio salir al monstruo, moviéndose sobre sus seis enormes patas articuladas. Era una hormiga gigantesca, negra, pavorosa, horrible y fatídica. Sus enormes ojos, que ocupaban casi todo el contorno de su cara, estaban materialmente cubiertos de otros ojos redondos y brillantes. Su boca, enorme y amenazadora, segregaba un líquido blanquecino, parecido a la espuma. Y de su tráquea parecía surgir un ronquido fragoroso, como la respiración entrecortada de un enfermo, aumentada por un altavoz amplificador.

Una de las pinzas de la enorme mandíbula avanzó hacia Jan, quien se echó al suelo, de costado, rodando sobre sí mismo, para ver que el interés del monstruo no era él, sino el coche familiar, color gris, donde la enorme pinza golpeó furiosamente, cerrándose. La chapa de acero quedó segada y los cristales saltaron hechos añicos.

El coche, con más de mil kilos de peso, fue alzado al aire y arrojado a más de diez metros de distancia.

Luego, el gigantesco insecto, terminó de salir del edificio y moviendo pesadamente sus patas articuladas, se alejó hacia las salinas, en dirección al mar.

* * *

El inspector Marcos llegó a los diez minutos escasos. El cadáver de Alice Farrow estaba tendido en el suelo, en el mismo lugar donde lo dejó el «monstruo incalificable», como había dicho Rona, a la que estaba atendiendo Jan, junto al coche.

El profesor Platten no se había recobrado aún y continuaba sin sentido, donde cayó.

— ¿Y bien, doctor Alderney? —fue lo primero que dijo Marcos.

—Vayan en aquella dirección —dijo Jan—. Se fue para allá... Hagan algo.

Con el inspector Marcos habían llegado media docena de agentes armados. A una orden de su superior, todos se alejaron hacia las salinas, desplegándose para reconocer el terreno.

Utilizando la radio portátil de bolsillo, Marcos también orientó a un helicoplano que cruzaba la bahía, procedente de Galveston-ciudad. Y cuando


la policía, tanto terrestre como marítima y aérea estuvo dedicada a la búsqueda del insólito «monstruo», Marcos regresó junto a Jan Alderney.

— ¿Qué fue?

—Una hormiga gigante —contestó Jan, lisa y llanamente.

— ¿Gigante?

—Sí. Para salir del edificio derribó la pared. Debía estar en el pasillo.

— ¿Ha dicho hormiga? —insistió Marcos.

—Sí, eso he dicho.

— ¿Existen hormigas gigantes? —preguntó Marcos, yendo hacia donde yacía el cadáver de Alice Farrow y arrodillándose a su lado.

Jan y Rona fueron tras él. Ella se tambaleaba aún.

—«Ello» la mató. Las tenazas de su mandíbula la agarraron del cuello. Debió de matarla en el acto... ¡Y destrozó el coche!

Marcos se puso en pie y se encaró con Jan.

—Hablemos de «ello». ¿De dónde ha salido?

— ¡Se lo repito, inspector! —gritó Jan, desesperadamente—. Salió del laboratorio.

—Es su obra, ¿verdad?

—No lo sé... Pienso... ¡Pero no puede ser!

—Yo también pienso, doctor Alderney —contestó Marcos, secamente—. Pero no soy un biólogo. Encontraremos a eso. Lo examinarán los técnicos y dictaminarán.

— ¡Hable claro, inspector!

— ¿Para qué, doctor Alderney? ¿Acaso teme algo? La justicia ha determinado que las experiencias realizadas por usted no son peligrosas —Marcos se expresaba con marcada reticencia.

— ¡Yo no puedo aceptar que ese monstruoso animal sea la insignificante «pogonomyrmex» con la que estaba trabajando aquí! ¡Pero sí lo es, es que algo ha escapado a mi control! ¡Fui detenido y hube de dejar mi laboratorio durante cuatro días!

—Cálmate, Jan —habló Rona, con voz débil, no pudiendo creer que la dicha que había gozado poco antes, se hubiese roto tan pronto, hecha trizas por una circunstancia tan imprevista.

Marcos iba hacia donde yacía el profesor Platten, a quien agitó suavemente, como si pretendiera despertarle. Y, efectivamente, el profesor abrió los ojos y exhaló un gemido ahogado, preguntando:

— ¿Dónde está?

— ¿Quién?

— ¡Aquello que salió del edificio!

— ¿Lo pudo ver usted bien? —preguntó Marcos.

El profesor Platten se incorporó, ayudado por el inspector. Tenía el semblante descompuesto. Apenas si se fijó en el cadáver de Alice.

— ¡Era lo más horrendo que he visto en mi vida!

— ¿Qué tiene de horrendo una hormiga, señor? —preguntó Marcos.

— ¿Una hormiga? ¡Aquello no era una hormiga!

— ¿Qué era, pues?

—Un monstruo inclasificable... ¡Doctor Alderney!

—Sí, profesor Platten. Yo también lo vi... Alice ha muerto. Y vea el coche. Fue una dentellada.

—El doctor Alderney dice que era una, hormiga gigante... Posiblemente, la misma con la que él había estado experimentando.

Platten abrió desmesuradamente los ojos.

— ¿Su obra, Alderney? —inquirió.

—No lo entiendo... No es posible... —Jan Alderney se volvió a Rona y la agarró de los brazos, mirándola ávidamente al rostro —. Cuando yo fui conducido al Departamento de Orden Público, ¿te quedaste aquí?

—Me fui a los pocos minutos, con el doctor Jerry Taff —dijo Rona.

— ¿Y esto se quedó abierto?

—Pues... Sí. Aquí no había vuelto nadie.

— ¿Y la cámara iónica? ¡Recuerda, Rona! Yo la había apagado antes de...

—No pongo en duda su excelente memoria, doctor Alderney —dijo Marcos con entonación autoritaria—. El asunto que se plantea ahora es de otra índole, mucho más grave que el de efectuar una experiencia, denunciada previamente como peligrosa.

—Usted mismo acaba de decir que he sido declarado inocente de la acusación del doctor Gordon.

—Si logro demostrar que ese monstruo ha sido creado por usted, la ley tendrá que admitir su error. Y, por muy genio que haya demostrado ser, esto va a costarle muy caro... ¡Ha muerto una persona! ¡Esperemos que no muera ninguna más!

Jan Alderney quedó abrumado por aquellas palabras y no pudo replicar.

En aquel instante, llegaba una ambulancia y varios coches oficiales. De uno de estos descendió el Comisionado Casemat, quien se acercó rápidamente, seguido de varios agentes.

Saludó brevemente el Comisionado e interrogó a Marcos, quien le hizo un sucinto relato de lo ocurrido, para terminar diciendo:

—Entiendo que debemos arrestar al doctor Alderney.

— ¿Qué dice usted, Marcos? ¿Está loco? ¿Sabe quién es el doctor Alderney? ¡Está usted hablando de un 109!

—Sí, sí... ¡Pero el monstruo creado por él ha matado a una mujer!

En aquel instante, antes de que Arthur Casemat pudiera replicar, a la orilla del mar, más allá de las salinas, se oyeron fuertes explosiones. El helicoplano que evolucionaba en el aire, giró vertiginosamente y se dirigió raudo hacia la desembocadura del río Trinidad.

— ¡Ya lo han encontrado! —gritó Marcos, echando a correr.

Y Jan Alderney, reaccionando por vez primera, fue en pos de él, a toda velocidad.

Capítulo V

Jan Alderney sobrepasó al inspector Marcos y al Comisionado Casemat, corriendo hacia la orilla del mar, en dirección a la desembocadura del río, que era el lugar donde los agentes parecían haber descubierto al monstruo responsable de la muerte de Alice Farrow.

Gracias a la ligereza de sus piernas, Jan llegó lo suficiente cerca del lugar para presenciar la increíble escena. Con la mitad de su enorme cuerpo fuera del agua, en un paraje rocoso, la hormiga gigante alzaba la cabeza, llevando prendido en su mandíbula a un agente de Orden Público, que había dejado ya de debatirse.

Desde el helicoplano, otros agentes disparaban los invisibles rayos de sus armas vibratorias e insensibilizadoras, las cuales no causaban ningún efecto en el increíble himenóptero.

En realidad, debido a la distancia en que se encontraba Jan Alderney, el monstruo parecía una hormiga llevando un pigmeo o una brizna de paja en su boca.

Los gritos de los agentes que se acercaban a la carrera llenaban el lugar, pero lo que Jan. Alderney escuchó, surgiendo de no sabía dónde, fue como un inmenso chirrido metálico y áspero, cuando la hormiga gigante agitó su enorme cabeza y el cuerpo, ya fracturado del agente, se vio lanzado a considerable distancia, sobre el agua de la bahía, donde desapareció.

A su vez, la hormiga agitó sus antenas y se elevó sobre las aguas.

¡Jan pudo ver que tenía una considerable altura!

Y fue una de las antenas del animal la que golpeó al helicoplano, que había descendido demasiado para que los agentes pudieran disparar sus armas contra el monstruo.

El aparato recibió un tremendo golpe. Se oyó un gran chasquido y la máquina se ladeó, para caer al mar, desapareciendo entre las olas.

Ante aquello, los agentes de tierra se intimidaron, retrocediendo por temor a que el monstruo se lanzara sobre ellos, cosa que no ocurrió porque la

hormiga, o lo que fuese, se lanzó también al agua, desapareciendo bajo su superficie, como si pretendiera ir en busca de los tripulantes del helicoplano.

Jan Alderney se había quedado como petrificado. Cuando se cubrió el rostro con las manos, el Comisionado Casemat se acercó a él, jadeante.

— ¿Se encuentra usted bien, doctor?

— ¡Es increíble, absurdo, asombroso! —declaró Jan, con voz trémula—. No tengo la menor duda de que es una «pogonomyrmex» fantásticamente aumentada.

— ¿Es el insecto con el que trabajaba usted?

—Sí... No cabe otra explicación, por inverosímil que parezca.

Arthur Casemat no encontró palabras para contestar. Optó por dejar allí a Jan e ir a donde el inspector Marcos y varios agentes hablaban con grandes gestos, visiblemente afectados.

Pero también Rona llegó a donde Jan continuaba como aturdido. Ella se le abrazó a él, llorando y preguntando:

— ¿Qué ha ocurrido?

— ¡Han muerto varios agentes de policía, Rona! —pareció gritar Jan—. ¡Y todo por mi culpa!

— ¡No! ¡Tú no sabías que iba a ocurrir esto!

— ¡Sabía que la hormiga podía desarrollarse!

— ¡Pero no hasta tal extremo, Jan! ¡Eso no es culpa tuya! Tu trabajo terminó en el momento en que cerraste la cámara iónica para acompañar al inspector Marcos al Departamento Especial de Orden Público.

— ¿Y qué sucedió después? —preguntó Jan, asiendo a Rona de los brazos y mirándola fijamente a los ojos—. ¿Qué sucedió después, eh? ¿Puedes tú responderme a eso?

Rona sacudió la cabeza negativamente.

—No... No hubo nadie en el laboratorio.

— ¿Estás segura? ¿Se ha desarrollado solo el himenóptero? ¿Fui yo quien provoqué ese desmesurado crecimiento? ¡Estas son las cuestiones que necesitan inmediata respuesta y eso es lo que hemos de averiguar inmediatamente, Rona! Hay que sobreponerse al terror. El hecho está ahí, tangible y cierto, pero las consecuencias de esto pueden ser incalculables.

— ¿Qué es lo que podemos hacer nosotros, Jan?

—Si nosotros hemos creado el monstruo, nuestro deber es destruirlo inmediatamente. Luego, pagar las consecuencias de nuestra imprudencia. Vamos ahora mismo al laboratorio. No podemos comportarnos como colegiales después de haber hecho una travesura.

»Hay que averiguar la verdad de lo ocurrido.

Diciendo esto, Jan Alderney tomó del brazo a Rona y la llevó, casi a la carrera, en dirección al laboratorio.

Fue entonces cuando vieron uno de los antiguos montículos de sal, situado en las inmediaciones del laboratorio, que tenía una profunda incisión, como si alguien hubiese venido con varios camiones y se hubiera entretenido en

llevarse algunas toneladas.

El montículo estaba cubierto de una pátina gris, pero donde habían realizado la extracción de sal, esta blanqueaba y llamaba la atención. Jan se fijó particularmente en aquel detalle que alteraba el paisaje y no había visto anteriormente.

— ¿Qué es eso? —preguntó, acercándose.

Las huellas que vio en el suelo confirmaron su inmediato temor.

— ¡Mira esto, Rona! ¡Son las improntas de la hormiga, que ha estado aquí devorando miles de kilos de cloruro sódico cristalizado! ¿No te dice nada esto?

— ¡Cloruro sódico fluorizado es lo que dábamos a la «pogonomyrmex» para su crecimiento! ¡Ha encontrado aquí su alimento principal!

—Pero esta sal no está fluorizada.

—Tal vez no tenía necesidad de flúor. Sal y agua del mar son suficientes —dijo Rona.

—Tal vez —repitió Jan, pensativamente.

* * *

Penetraron en el laboratorio, donde reinaba el más apocalíptico desconcierto. Parecía como si hubiese pasado un terremoto por allí. Máquinas, estanterías, mesas, el microscopio electrónico, probetas, tubos de ensayo y hasta la cámara iónica, todo estaba destrozado, materialmente destruido y cubierto de cascotes y excrementos fétidos.

Incluso estaba roto parte del techo y en la pared posterior había un enorme agujero que parecía haber sido producido por la demoledora marcha de un carro blindado.

Al ver aquello, el inspector Marcos exclamó:

— ¡La fiera debió crecer aquí dentro!

Jan y Rona no respondieron. Avanzaron por entre los escombros hasta llegar a donde estaba la triturada máquina electrónica que albergaba la cámara iónica, que era lo que más interesaba a ambos en aquel momento.

Naturalmente, la cámara había sido arrancada de su sitio y los cables estaban rotos. Sin embargo, pudieron ver perfectamente que la llave de los inductores de rayos «cappa» estaba abierta.

— Esto pudo ser casual —dijo Rona.

—Sí, es admisible. Si nosotros la dejamos cerrada, algo pudo abrirla. Una leve presión bastaría para que la lámpara continuase dirigiendo rayos «cappa» sobre la hormiga.

— ¿Intenta usted justificar un error, valiéndose del socorrido subterfugio del accidente casual? —preguntó Marcos, intencionadamente.

Jan se volvió raudo y airado.

— ¡No intento más que averiguar la verdad! ¿Cree usted que yo he creado ese monstruo intencionadamente?

—No, pero la irresponsabilidad también es un delito... ¡Ya han muerto seis

personas por causa de su obra!

— ¡Ni siquiera está probado que sea obra de Jan! —intervino Rona, gritando.

—Déjalo, Rona. Lo que pueda pensar el inspector Marcos me tiene sin cuidado. Siento lo ocurrido mucho más que él, porque esto es un rudo golpe para mí y mi trabajo. Pero, entienda bien esto, inspector, tal vez, pese a las víctimas, hayamos realizado uno de los descubrimientos más portentosos de la historia de la ciencia.

Marcos no pudo replicar a esto. Optó por retroceder y salir de entre los escombros del destrozado laboratorio.

Cuando Jan y Rona salieron también un cuarto de hora después, el paraje estaba invadido ya por numerosas fuerzas de orden público que llegaban de Galveston, Anohuac y todos los lugares en torno a la bahía.

Vieron también rápidos carros blindados, aerobuses cargados de agentes armados con grandes fusiles desintegrantes, como si estuviesen preparados para una guerra.

El Comisionado estaba reunido con varios inspectores y oficiales, dando instrucciones rápidas y concretas:

—Hay que vigilar estrechamente el área de la desembocadura. Empleen el radar submarino para localizar al monstruo y arrójenle granadas explosivas. Sea como sea, es necesario destruirlo. ¿Me han comprendido todos?

—Sí, señor.

—Estamos esperando la colaboración de las fuerzas navales. Hemos pedido el concurso de un equipo de escafandristas. Ese monstruo, o lo que sea —continuó Arthur Casemat—, se esconde bajo las olas. Ya ha matado a una mujer y a cinco agentes. Nadie debe acercarse a él...

Casemat se detuvo al ver acercarse a Jan Alderney y a Rona Nowara.

—Bien, vayan a ocupar sus puestos terminó el Comisionado, acercándose a la pareja, con aire preocupado—. Quería hablar con usted, doctor Alderney.

—Estoy a su disposición, señor.

— ¿Vio al monstruo?

—Sí, señor.

— ¿Cree usted que es la hormiga en la que estaba trabajando antes de ser arrestado injustamente?

Casemat, más que un jefe de policía, era un diplomático. Sabía perfectamente el tacto que era preciso emplear en la conversación con un hombre de la probada inteligencia de Alderney, y por ese motivo se dirigía a él como de subalterno a superior. A Jan no le pasó, empero, por alto nada de cuanto dijo el otro.

—Ignoro si fui arrestado injustamente o no —replicó Jan—. Pero lo que sí sé, y puedo demostrar, es que de no haber sido arrestado, ese monstruo no estaría donde está ni habría hecho lo que ha hecho.

Arthur Casemat sintió la punzada de la inquietud. Lo que dijera un hombre con 109 de coeficiente mental, tenía suma importancia para él y para su

carrera administrativa.

—Entonces, hay que achacarlo a un hecho fortuito, doctor Alderney.

—Eso creo. Sin embargo, pese a la tragedia, espero que se dará usted cuenta del alcance del hecho en sí. Hemos podido lograr que una hormiga se convierta en un gigante.

—Sí, sí... Pero ¿es la misma hormiga sobre la que investigaba usted?

—Todo hace pensar que sí.

—Admito que el hecho es portentoso. Esperemos que logremos dominar la situación en beneficio de la ciencia. ¿Qué me aconseja usted que debemos hacer?

—Yo intentaría capturar vivo al monstruo —dijo Alderney.

— ¿Vivo? —Arthur Casemat se estremeció—. Mucho me temo que en las actuales circunstancias, eso no pueda ser. Mi propósito es conjurar el peligro cuanto antes.

—Debería emplearse una táctica para poder dominar la hormiga... ¿No ha pensado usted en arrojarle cables de acero, alguna sólida red metálica o disparar algún gas somnífero o letárgico, para poder hacerse con el monstruo vivo?

—Lo he pensado —mintió Casemat—, pero temo que sea peor. La vida de mis hombres me preocupa más que ese monstruo.

— ¡En nombre de la ciencia, le ruego que haga usted lo posible por apresar vivo al monstruo!

Casemat se rascó la cabeza, dudando unos momentos. Luego, dijo:

—Bueno, primero hemos de encontrarlo. Después veremos lo que es posible hacer. Voy a aceptar su consejo y a dar las órdenes oportunas, por si hubiese ocasión de apresarle sin disparar armas destructivas.

—Le quedaré profundamente reconocido si hace usted eso.

—Lo haré. Ahora, les ruego que se vayan de aquí. Esta zona es peligrosa. El profesor Platten se ha ido al Hotel Sheraton, de Anohuac. Allí pueden encontrarle, si lo desean. Les aconsejo que estén, empero, en sus domicilios, para poderles comunicar lo que ocurra. Puede que les necesitemos.

—Aprovecharé su sugerencia e iré al hotel a ver al profesor Platten. Debe estar muy apenado por lo ocurrido.

* * *

Jan Alderney recibió la desagradable sorpresa de encontrar al profesor Platten acompañado de Svan Gordon, conversando en la habitación del primero.

Llamó, recibió permiso para entrar y empujó la puerta. Inmediatamente, la gravedad de los rostros de los dos hombres indicó a Jan que la entrevista no sería fácil.

—Pase usted, doctor Alderney —dijo Platten, severo—. Ya conoce usted al doctor Gordon.

—Sí, desgraciadamente, nos conocemos —dijo Gordon, hostil.

—Vengo a decirle que lamento lo ocurrido, profesor Platten —dijo Jan—. Lo lamento por su ayudante, Alice Farrow, y por los agentes que han muerto en cumplimiento de su deber. Sin embargo, también debo significar a usted la suma importancia científica que tiene ese desmesurado crecimiento de la «pogonomyrmex».

—Disculpe, doctor Alderney —dijo Platten, secamente—. No soy de los que creen que la importancia científica de un descubrimiento justifican las pérdidas de vidas humanas que ello conlleva.

— ¿No cree usted que para ganar una guerra es preciso arriesgar vida?

—No soy belicista, sino científico, probo y doctor Alderney —dijo Platten, mordazmente—. Vine aquí porque apreciaba mucho a la señorita Farrow, la cual me hizo encendidos elogios de usted. Pero no me impresiona el saber que posee usted un 109 de coeficiente mental. Yo también sustento la teoría del doctor Gordon acerca de que demasiada inteligencia es una forma de locura.

Jan miró a Gordon con odio.

— ¡Es usted vil, doctor Gordon; vil, abyecto y miserable! ¡No hace tres horas, me suplicaba usted que le perdonase! Ha bastado un ligero contratiempo para que vuelva a verter su veneno sobre mí...

— ¿Llama usted un ligero contratiempo a la muerte de seis personas? —gritó el profesor Platten.

—Lo siento, créame. Por realizar ese descubrimiento no hubiese tenido inconveniente alguno en arriesgar mi vida, e incluso morir, si fuese preciso. He descubierto una fórmula que permitirá realizar investigaciones sensacionales, pero usted ha recibido un susto tremendo y no está en condiciones de darse cuenta de la gran verdad.

»Ha sido un accidente fortuito lo que ha debido provocar el asombroso y gigantesco desarrollo de esa hormiga. Pero tenga bien presente esto que voy a decirle. Yo tenía la investigación bajo control. Debido a la impertinencia y al egoísmo de este individuo —Jan señaló abiertamente a Svan Gordon—, fui arrestado y sometido a una serie de pruebas injustas y vejatorias.

—No debe usted quejarse. Le han declarado 109.

— ¡Eso me tiene sin cuidado! A usted le parece muy importante, pero yo estoy tan habituado a mi modo de pensar que me parece lo más natural del mundo. No me considero más que ustedes. Sinceramente se los digo.

»Lo único que deseo es hacerles saber que más responsable es el doctor Gordon en lo ocurrido, que yo. Y, por si no lo recuerda, profesor Platten, poco antes del luctuoso suceso, me había ofrecido usted su apoyo para que aceptase la dirección de la Universidad Biológica Nacional.

— ¡Yo le acusé de ensayos peligrosos, y los hechos me han dado la razón! —intervino Svan Gordon, airadamente.

— ¡Cállese usted, sapo! —rugió Jan—. Eso es falso, porque la ley me ha declarado inocente.

— ¡Porque ignoraban lo que ha ocurrido después! —añadió Gordon, aferrado a su intransigente actitud.

—Pues es suficiente. Estos son otros hechos. Usted me acusó injustamente. Yo pude demandarle y no lo hice, rehusando mi derecho, y no porque no lo mereciera usted.

»Durante mi injusto encierro, nadie ha cuidado el laboratorio que hube de dejar abandonado. Y durante esos cuatro días, el fenómeno imprevisible se ha producido.

»Yo no vengo a pedir responsabilidades, sino a ofrecerme incondicionalmente para lo que sea preciso hacer ahora. Entre todos causamos el mal y yo no quiero quedarme con toda la culpa, siendo, además, un descubrimiento que la ciencia me debe a mí.

»Piensen en lo que mis ensayos han descubierto: un insecto de insignificante tamaño, puede adquirir proporciones desmesuradas. La misma fórmula, debidamente estudiada, puede servir para infinidad de animales o hasta para acelerar el desarrollo infantil.

— ¡Eso que dice usted es monstruoso! —exclamó el profesor Platten llevándose las manos a la cabeza.

—No lo es. Las ventajas de mi descubrimiento pueden ser incalculables, como lo fue el descubrimiento del átomo, pese a las vidas que costó.

— ¡Aquellos infaustos tiempos, afortunadamente, han pasado a la historia! —exclamó Gordon.

—Pero de las ventajas de la fisión termonuclear se sigue aprovechando la humanidad —respondió Alderney, seguro de sí mismo—. No, señores; ustedes están afectados por intereses e impresiones. Usted, profesor Platten, ha visto al monstruo y se ha desmayado del susto. Alice Farrow ha muerto, y si los agentes del Orden Público no son hábiles, algunos más pueden morir.

»Pero de lo que no hay la menor duda es que si una hormiga ha podido transformarse en eso, ¿qué otras cosas no podemos hacer con el mismo procedimiento, racionalizado y controlado, tanto sea aplicado a los animales como a los seres humanos?

»Ustedes saben que en cirugía, los médicos tienen enormes problemas con muchas operaciones. El crecimiento necesario del paciente podría permitir la operación...

— ¡Está usted diciendo, sandeces! ¡Su experiencia no tiene más que una realidad trágica! ¡Está usted loco y es necesario aceptar que un cerebro de coeficiente 109 no es normal!

—Comunicaré sus ideas al Club de los 100, donde he sido invitado —replicó Jan, con marcada intención—. Por ejemplo, el vicemariscal Bracque, es un «104». Se sentirá muy molesto al saber que un oscuro director de instituto biológico le declara irresponsable y demente, y que sus conquistas sobre las inmensas llanuras heladas de Júpiter no sirven para nada.

»También el presidente Haak es un «106». En la Federación Europea están gobernados por un demente... ¡Y Albert Noosky es un loco! ¡Y Henri Brahams es otro loco!

Svan Gordon comprendió instintivamente que había perdido la partida y se

mordió los labios, murmurando:

—No he querido decir eso... Yo no...

—Usted no ha querido decir nada, y por eso ha venido aquí, a ver al profesor Platten. Yo sí he querido decir algo. Digo que renuncio a todas las recompensas que me han ofrecido. Estoy suficientemente recompensado al saber que, por culpas ajenas, he creado un monstruo. Por mi culpa, esa «pogonomyrmex» estaría bajo control y la señorita Farrow, a la que apreciaba más que ustedes, seguiría con vida.

»Esto es cierto y nadie podrá convencerme de lo contrario.

El profesor Platten se había quedado mudo, hundida la cabeza en el pecho, reflexionando sobre todo lo que su visitante acababa de hablarle. Ahora, cuando Jan Alderney no parecía tener nada que decir, alzó los ojos y murmuró:

—Disculpe, doctor Alderney. Me he dejado llevar por la impresión... Yo tenía un hermano que murió en alas de la investigación. Estaba ensayando un producto nuevo, altamente explosivo, y debió cometer un error. La retorta le estalló ante el rostro. Debo seguir creyendo que murió por beneficiar a la ciencia, lo que no siempre es comprendido por los demás.

—Gracias, profesor Platten —respondió Jan—. Alice Farrow está muerta... En su lugar podíamos estar usted, Rona Nowara o yo mismo. Les ruego que me perdonen. Buenas tardes.

Sin esperar el saludo de los dos hombres, Jan abandonó la habitación del hotel, cerrando la puerta tras sí.

Capítulo VI

Aquella misma noche, Jan Alderney hubo de presentarse en el Departamento local de Orden Público, en Anohuac, donde se encontraba el Comisionado Casemat, el inspector Marcos y un oficial de las fuerzas navales, llamado Ian Leland, vistiendo el uniforme de campaña.

Sobre una mesa de cristal, con iluminación inferior, tenían un mapa en relieve, de gran tamaño, que ofrecía a sus ojos toda la configuración de la bahía de Galveston.

— ¡Ah, doctor Alderney! —exclamó Casemat, al verle entrar, acompañado del agente que le había ido a buscar—. Me alegro de verle... Puede retirarse, Jook.

El agente se retiró y Jan miró a los otros dos hombres. Marcos saludó con la cabeza y Leland fue presentado por Casemat.

—El capitán de navío Ian Leland, de la Armada.

Jan sintió una mano firme y segura entre sus dedos, oprimiéndoselos con franqueza.

—Encantado de conocerle, doctor Alderney.

—El gusto es mío. ¿Qué hay del monstruo?

— ¿Ha leído la prensa extraordinaria de la tarde?

—No. He escuchado las informaciones por TV —dijo Jan—. Creí que ustedes tendrían más información.

—La «hormiguita» ha desaparecido —dijo Casemat—. Tenemos a más de quinientos hombres buscándola por todo este plano y no aparece. Claro que puede estar donde menos lo esperemos. Vea que este condenado terreno submarino es complicado y confuso. Y ni siquiera sabemos si este mapa es correcto en sus zonas profundas.

—Es muy aproximado —dijo Leland.

—Díganos, doctor Alderney, ¿cómo es posible que ese monstruo pueda permanecer tanto tiempo bajo el agua?

Jan se encogió de hombros.

—Una hormiga corriente no obra de ese modo. El agua no es su elemento natural. Sin embargo, el monstruo, como ustedes lo llaman, no es una hormiga corriente.

— ¿Qué es?

—Eso Dios lo sabe.

—Usted es su creador.

—Yo creé una hormiga desarrollada hasta cierto límite. El inspector Marcos tuvo el honor de verla en tamaño reducido.

— ¿Qué teoría tiene usted acerca de su increíble desarrollo? —preguntó Ian Leland.

—Mi teoría es simple. Al quedar solo, el himenóptero debió seguir desarrollándose hasta agotar la solución de cloruro sódico que contenía la caja portaobjetos. Supongo que debió agitarse, abrir la tapa y salirse. Y esto es

raro, porque su crecimiento debió quedar interrumpido al cortar la influencia de los rayos «cappa».

»Puede también que el insecto, en su vagar por el laboratorio, llegase a empujar la palanca de los rayos «cappa».

—Eso sería tanto como admitir que el insecto poseía ya un tamaño bastante mayor de lo normal, que estaba animado de inteligencia y que...

—Basta, inspector Marcos. Si en el laboratorio no había nadie, jamás podremos saber lo que ocurrió allí durante los cuatro días que yo estuve ausente. Todos son conjeturas.

Marcos se mordió los labios.

—Siga usted, doctor Alderney. Nos interesa conocer cuantos más datos posibles acerca de ese himenóptero gigante —dijo Casemat.

Jan explicó:

—Encontré el laboratorio totalmente destruido. Pero la cámara iónica, productora de los rayos «cappa» tenía la palanca de inducción conectada. Es posible que algo o alguien, consciente o inconscientemente, conectase la cámara de suerte que el insecto pudiera seguir desarrollándose.

»No debemos olvidar tampoco la clase de alimento del himenóptero, que era el básico de la «Fórmula Haecker», o sea, cloruro sódico fluorizado. Pues bien, tanto el suelo del laboratorio como sus alrededores, está cubierto de sal. El insecto encontraría alimento sobrado, con solo moverse por el suelo o bien salir al exterior, como he podido comprobar, en uno de los montículos de sal marina que hay cerca del laboratorio.

—Eso es interesante —dijo Ian Leland—. Esa hormiga se alimenta de sal común.

—Y flúor, que ha debido absorber, por simbiosis, del porcentaje existente en la atmósfera.

»Además, desconocemos por completo la transformación sufrida en el metabolismo del insecto. Lógicamente, todo hace suponer que su crecimiento ha sido proporcional. En realidad, un himenóptero es un insecto muy rudimentario embriológicamente. Pero si su cerebro o centro nervioso se ha desarrollado del mismo modo, puede ser ahora un animal astuto, sagaz y peligroso.

—Lo que nos sorprende —dijo Casemat— es que las armas vibratorias y paralizantes no le hayan hecho mella. Eso nos preocupa. Nos gustaría capturarlo vivo, pero si no hay más remedio, antes de arriesgar a un hombre más, trataremos de destruirlo. ¿Podría usted decirnos cómo?

Jan se encogió de hombros.

—Sé de ese monstruo tanto como ustedes —dijo.

—No debemos esperar mucha ayuda del doctor Alderney —observó el inspector Marcos, con reticencia.

—No sé a qué obedece el cambio experimentado en usted, inspector —replicó Jan, secamente—. Cuando le conocí me pareció usted un hombre justo y ecuánime. ¿A qué obedece el cambio?

—No estoy aquí para personalizar y menos para discutir asuntos particulares, doctor Alderney.

—No hace usted más que observaciones hirientes, como si yo tuviese la culpa de lo ocurrido.

—Por favor, no sea susceptible, doctor Alderney —medió Casemat—. Entre todos hemos de solucionar el problema.

—Les he dicho cuanto sé. Y lo que sé está basado en simples conjeturas. Mi ayuda no creo que les sirva de mucho.

—Está bien, doctor Alderney. Gracias por su colaboración —dijo Arthur Casemat—. Si se le ocurre alguna idea, puede usted dirigirse a nosotros.

—Así lo haré. Por si me necesitan, estaré en mi domicilio.

* * *

Sin embargo, Jan no estuvo mucho tiempo en su casa. Nada más llegar, zumbó el fonovisor. Conectó la línea y vio el semblante preocupado de Rona, que le llamaba desde su casa.

—Jan, ¿cómo estás?

—Bien, pero disgustado. Entre Gordon, Platten, Marcos y todos están acabando con mi paciencia.

—Mi madre quiere que vengas a cenar con nosotros, Jan. Hazme ese favor. Ven.

Jan vaciló solo un instante.

—Está bien, Rona. Necesito la compañía de alguien. Y con tu familia habré de reconciliarme algún día.

—Gracias, Jan. Te estaré esperando.

—Estaré ahí dentro de quince minutos.

Jan cerró la comunicación, se cambió de ropa en unos segundos y abandonó su apartamiento, para dirigirse a la estación de aerobuses. Pero, nada más entrar en el vestíbulo, acababa de despegar un aparato. El siguiente tardaría más de quince minutos en salir. Por este motivo decidió utilizar el circuito subterráneo y para ello se dirigió a la parada de taxis, donde un joven estaba leyendo la «Gaceta de Galveston», donde venía en primera página la fotografía tomada por un agente de Orden Público del «Monstruo de Galveston».

— ¿Quiere llevarme al centro de la ciudad? —preguntó Jan, acercándose al bólido azul.

—Suba, amigo... ¿Qué le parece esto? —el taxista señaló la primera página del periódico, antes de arrojarlo a la bolsa lateral.

—Prefiero más no opinar.

— ¡Vaya, perdone! —exclamó el taxista, al observar el mal talante con que había respondido el viajero.

Puso el vehículo en marcha y lo llevó, conduciendo hábilmente, hacia la entrada del circuito subterráneo, donde había más de cincuenta vehículos esperando.

El circuito subterráneo estaba saturado en aquel momento. El robot electrónico que controlaba toda la circulación de Galveston y sus ciudades satélites trabajaba a tope y la circulación por el túnel no era superior a ciento cincuenta kilómetros por hora, lo que se consideraba un verdadero atasco.

Ello era debido al considerable retraso de numerosos vehículos, al tener que ocupar la vía las fuerzas de Orden Público que iba continuamente desde el centro de la ciudad hasta Anohuac.

— ¿Tiene usted mucha prisa? —preguntó el taxista, volviéndose hacia Jan.

—Bastante, sí.

—Si le parece, podemos cruzar la bahía sobre las olas. Este bólido es anfibio.

—Pues hágalo.

Con habilidad, el conductor retrocedió unos metros y dio la vuelta, tomando la rampa de salida. Una vez en el exterior, se dirigió hacia la costa, por una avenida descendente y, junto al embarcadero de la Compañía «Globe-Nautus», tomó la rampa hacia las aguas.

En unos instantes, el taxi surcaba las olas a gran velocidad, accionado por su sistema «overcraft» de aíre a presión.

La marcha era buena, aunque no tanta como la que podía alcanzar dentro del circuito subterráneo en un momento de circulación normal. Sin embargo, observando el cuentakilómetros, Jan calculó que llegarían a casa de Rona en poco menos de media hora.

Como medida de precaución, el conductor llevaba las luces apagadas, y había colocado las de situación, roja y verde. Al fondo, muy lejos, se veían las luces de la costa y los enormes anuncios luminosos de Galveston.

— ¿Y si viésemos aparecer ahora al monstruo? —preguntó el taxista—. La «Gaceta» dice que se esconde en el fondo de la bahía.

— ¿Ha leído usted bien el periódico, amigo?

—Sí, claro. Ese asunto interesa a todo el mundo.

—Pues yo soy el doctor Jan Alderney —dijo Jan, secamente.

El taxi anfibio efectuó un viraje extraño, al volverse el conductor para examinar más detenidamente a su pasajero.

— ¡Diablos, sí! ¡Viene su foto en la «Gaceta»! ¡Cuernos y pezuñas! ¡No puedo creerlo!

—Por eso no quiero hacer comentarios, amigo.

—Me llamo Johnny Selly, doctor Alderney. Dicen que es usted uno de esos personajes fabulosos llamados genios.

—No lo creo. Han exagerado.

— ¡Lo ha dicho una doctora de Orden Público, que habla muy bien de usted! —añadió el taxista, excitadísimo—. Oiga, eso debe valer mucho dinero, ¿no?

— ¿El qué?

—El ser un Coeficiente 109.

—Sí, claro que sí. No sé si llevaré bastante suelto para pagarle el servicio.

— ¡Usted no tiene que pagar nada aquí, doctor Alderney! Todo el mundo dice que usted no tiene la culpa de ese monstruo.

—Gracias, eso me tranquiliza. Si a la prensa le hubiese dado por decir lo contrario, yo estaría linchado ya.

—Nadie levantará la mano contra un 109, se lo aseguro.

Jan estaba mirando a la oscuridad, rectamente hacia las aguas de la bahía, cuando de pronto creyó ver algo oscuro entorpecer la visión de las luces de Galveston.

— ¡Cuidado, amigo! ¡Encienda las luces! ¿Qué es aquello?

— ¿Eh, qué es...?

Johnny aminoró la velocidad y encendió los potentes focos de su bólido anfibio. Al mismo tiempo, un grito se escapó de sus labios, ¡porque las luces habían dado de lleno en una enorme y horrenda cabeza que surgía del agua a menos de cincuenta metros!

— ¡Cielo santo! — exclamó Jan.

¡Acababa de observar que la cabeza de la «pogonomyrmex» era casi el doble de grande de lo que él había visto aquella mañana en el laboratorio de las salinas!

¡Esto demostraba que el crecimiento del «insecto» himenóptero continúa ya progresivamente!

Pudo ver, a la potente luz de los focos, las enormes antenas que surgían de la cabeza del «monstruo», su colosal caparazón negro y las articulaciones de sus patas, que ahora salían del agua, agitándose en el aire.

Pero también observó que el animal reaccionaba ante la luz de los focos y se agitaba, volviéndose hacia el taxi.

— ¡Deténgase, Johnny! —gritó Jan—. ¿Puede maniobrar esto para mantenerse alejado?

— ¡Yo me vuelvo a Anohuac! —gritó Johnny Selly, aterrorizado.

— ¡No, por Dios! ¡Utilice la radio y llame a su central! ¡Pronto no pierda la serenidad!

Mientras decía esto, Jan saltaba sobre el asiento, situándose al lado del conductor, pero sin apartar la mirada del monstruo que agitaba las aguas, como si pudiera caminar sobre ellas —luego habrían de saber que flotaba o se hundía a voluntad—, acercándose rápidamente.

— ¡Retroceda! ¡Hay que entretenerle! ¡Conecte la radio y deme el micro!

El taxista, blanco y convulso, presionó un botón.

Fue Jan quien habló, diciendo:

— ¡Pronto, comuníqueme con el Departamento Especial de Orden Público! ¡Estamos viendo al «monstruo» sobre las aguas de la bahía! ¡Necesitamos ayuda aérea inmediatamente!

— ¿Quién llama? —preguntó una voz femenina.

— ¡No pierda usted tiempo! ¡Es una emergencia! ¡Soy el doctor Jan Alderney! ¡Pase la comunicación con el Comisionado Casemat! Creo que está aún en el Departamento local de Orden Público de Anohuac.

—Sí, aguarde. Le paso comunicación inmediatamente.

Mientras, el himenóptero se había aproximado a unos treinta metros. Johnny Selly hizo retroceder el bólido anfibio, para alejarse de él.

— ¡Efectúe una vuelta hacia la derecha, Johnny! —gritó Jan—. Hay que entretenerlo.

— ¡No sé lo que hago! ¡Vámonos de aquí cuanto antes! ¡Si salta sobre nosotros...! ¡Viene muy aprisa!

— ¡Desvíese! —gritó Jan, empujando la palanca de control del taxi anfibio, y alejándolo unos diez metros del monstruo.

— ¿Qué ocurre? ¿Hablen? —se oyó la voz de Arthur Casemat, en la radio.

—Pronto, Comisionado. Estamos sobre la bahía. El monstruo quiere acercársenos... A unas diez millas de Anohuac, en dirección a Galveston.

— ¿Es usted Jan Alderney?

—Sí. Iba a ver a mi prometida a la ciudad y he tomado un taxi... Más a la derecha, Johnny... Envíen urgente ayuda aérea, Comisionado.

— ¡Sí, no pierda el contacto, Alderney! Aguarde un segundo.

Los focos iluminaban parcialmente la forma del gigantesco formicida y sus patas articuladas chapoteaban en el agua, produciendo olas de varios metros de altura. Por suerte, el taxi era del sistema «overcraft» y podía moverse con facilidad, pese a las convulsiones que el monstruo producía en el agua.

— ¡Vaya rodeándolo, Johnny! ¡Pero no deje de alumbrarle con los focos! ¡La luz le atrae y quiere venir hacia nosotros! ¡Así lo entretendremos!

En realidad, Johnny Selly empezaba a dominar su miedo y obedecía instintivamente las recomendaciones de Jan, que eran las más indicadas para no perder de vista al monstruo y mantenerse a suficiente distancia de él.

— ¿Doctor Jan Alderney? —se oyó de nuevo la voz de Arthur Casemat.

—Sí, le escucho, Comisionado.

—Ya salen lanchas y helicoplanos hacia ahí. Mantengan las luces encendidas para orientación.

— ¿Ha ordenado usted que no intenten disparar? —preguntó Jan.

—Bueno, el capitán de navío Leland ya sabe lo que debe hacer. Él es el responsable de la captura. Si no tiene más remedio, ordenará que se haga fuego. En cuanto vea usted a los aparatos sobre el monstruo, debe retirarse de ahí a toda prisa.

— ¡No lo haré! —gritó Jan Alderney, furioso—. Estoy dispuesto a mantenerme aquí para impedir que se destruya al «monstruo».

— ¿Está usted loco?

—No, pero si yo dirigiera las fuerzas, intentaría, por todos los medios, capturar a esa fiera, aunque fuese aprisionándola entre dos grandes portaaviones. Es importante poder capturarla viva.

— ¿Y cómo piensa retenerla, doctor Alderney? —preguntó Casemat.

—No lo sé. Le diré algo más. Creo que ha aumentado de tamaño desde esta mañana hasta ahora... ¡Es enormemente grande! ¡Su cabeza redonda parece ya un gran globo atmosférico de sondeos y su longitud, de cabeza a

cola, o mucho me equivoco o tiene más de setenta metros!

— ¡Ahí vienen las fuerzas aéreas! —exclamó Johnny Selly, que miraba continuamente al cielo, mientras retrocedía con el vehículo, girando en torno al enorme monstruo.

Pronto aquel sector de la bahía quedó enteramente iluminado, gracias a los potentes focos blancos de los helicoplanos que se acercaban raudos desde todos los puntos.

— ¡Aléjese de ahí, doctor Alderney! —se oyó la potente voz del capitán de navío Ian Leland, hablando desde un megáfono ultrasónico.

— ¡No disparen! —gritó Jan.

En aquel instante, fuese por efecto de los potentes focos o porque intuyera el peligro, el himenóptero gigante se agitó, revolviéndose en la espuma, y desapareció bajo las aguas.

Jan comprendió que la lucha tendría que desarrollarse entre el monstruo y las fuerzas navales submarinas, que no dejarían escapar a su presa. Él ya no podía hacer nada allí, sino estorbar las operaciones militares. Por esto dijo, a través de la radio:

—Comisionado Casemat, comunique al capitán de navío Leland que me retiro hacia Galvestone. El monstruo se ha sumergido y nada puedo hacer. Mi deseo es que se le capture vivo, agotando todos los medios posibles. Si no puede ser, que se le destruya. La ciencia ya ha obtenido suficiente experiencia con ello.

Capítulo VII

La señora Nowara abrazó a Jan efusivamente, al abrirle la puerta.

— ¡Oh, querido Jan! Estábamos muy intranquilos. Rona no hace más que llamar a tu casa... Dicen que hay un gran atasco en el circuito subterráneo... ¡Cuánto me alegro que hayas venido!

Rona, con traje de noche corto y botas ajustadas y altas, plateadas, apareció en la puerta del recibidor. Corrió hacia Jan y se abrazó a él, ante la complacida mirada de su madre.

— ¿Qué ha ocurrido? —preguntó Rona, más sagaz.

—Me encontré con el «pogo» en la bahía. Por causa de la circulación, hube de tomar un taxi anfibio. Y vimos al monstruo.

— ¡Cielo santo! ¿Qué ha ocurrido?

—Avise a Casemat y allí está ahora la Armada y el Orden Público. Creo que intentarán destruirlo.

— ¡Es mejor así!

—Yo hubiese preferido examinarlo con vida. Eso es un fenómeno extraño. Cuanto más pienso en ello, más me convenzo de que ese crecimiento tiene que tener un fin.

—Sí, cuando no tenga cloruro sódico para alimentarse.

— ¿Y si se produjera una reducción?

— ¿Cómo?

—Se me ha ocurrido que fuertes corrientes de rayos «cappa» negativos o sea, reductores, podrían causar el efecto contrario, ya que las vibraciones ni el «láser» le causan efecto.

— ¡Es mejor una granada atómica, reducida! —declaró Rona.

—Entrad al comedor. Papá está esperando —intervino la señora Nowara.

Jan y Rona pasaron delante de la madre y entraron en el lujoso comedor, donde ya estaba sentado a la opulenta mesa el señor Nowara, cuyo ceño permanecía ligeramente fruncido.

—Joven —dijo, mirando fijamente a Jan—, usted podrá ser un genio y estar admirado por millones de seres, pero en mi casa se cena a una hora determinada y ya pasan veinte minutos de las diez.

—Lo siento, señor Nowara —replicó Jan, tomando asiento en la silla que le indicó Rona—. Ha habido un contratiempo.

—Lo admito. Todo anda mal estos días en el país. Se arresta a los genios, surgen monstruos que antes eran hormigas y mi hija anda mezclada en todo eso, cosa que me disgusta...

—Lo siento.

—Sirve la mesa, Hilda.

La señora Nowara se sentó y manipuló sobre una pequeña caja doméstica de control electrónico remoto. En el acto, cuatro servicios surgieron de la mesa, al descorrerse un rectángulo y ascender hacia los comensales los platos de la sopa de mariscos que una cocina automática había preparado en el

sótano de la casa.

Los Nowara eran gente distinguida y progresista. El señor Nowara era gerente de una importante empresa bancada y su sueldo elevado. Por ello podía tener toda la casa automatizada y al día. Rona quería que se implantaran en su domicilio todos los adelantos de la técnica.

—Crear hormigas gigantes no es un negocio rentable, futuro yerno —habló el señor Nowara, de pronto.

—No he investigado con ese objetivo.

—La ciencia tampoco creo que sea el trabajo más indicado para un Coeficiente 109 —añadió el padre de Rona—. Y estaba pensando en algo que puede interesarle mucho a usted. Nuestra empresa necesita un «P. R.» —relaciones públicas— de categoría. Un 109 sería la persona más idónea para ese cargo que está recompensado con dos millones y medio de dólares al año...

— ¿Puedo efectuar una llamada? —atajó Jan, como ausente.

Sorprendido, el señor Nowara se volvió a su hija.

— ¿Qué novio te has buscado, hija mía?

—Lo siento, papá. Jan y yo no somos como tú y mamá.

— ¡Esta juventud es intolerable! ¡Ahí tiene usted un visófono, doctor Alderney! Otra vez, Hilda, invita a tu futuro yerno a cenar cuando yo esté de viaje.

Jan se levantó y fue hacia el visófono que le indicó Rona. Llamó al Departamento Especial de Orden Público de Anohuac y pidió por el Comisionado Casemat, quien se puso ante la pantalla inmediatamente.

— ¿Qué noticias tiene, Comisionado?

—Malas, doctor Alderney. Las fuerzas navales están sosteniendo una dura lucha submarina con el monstruo. Hay doce bajas... ¡Y las armas empleadas no causan efecto alguno! Se le ha lanzado un torpedo convencional que de haberle alcanzado, posiblemente le habría destruido. Ian Leland me acaba de informar que habrá de recurrir a las granadas atómicas. Pero esto es un peligro, dada la proximidad de la ciudad. Posiblemente, será necesario evacuar la zona de la bahía.

—Acabo de tener una idea, Comisionado.

—Expóngala.

—He pensado que podemos crear un par de monstruos más...

— ¡Nooo! ¿Está usted loco?

—Un oso hormiguero sometido a tratamiento con la «Fórmula Haecker» y los rayos «cappa», podría convertirse en pocos días en algo mucho más grande que la «pogonomyrmex».

— ¿Eh, qué quiere usted decir?

— ¡Quiere decir que me ha estropeado la cena! —gritó el señor Nowara, poniéndose en pie y dando un fuerte golpe sobre la mesa—. Antes una hormiga y ahora un oso hormiguero... ¡Ya no aguanto más!

Estas voces no llegaron apenas al fonovisor.

— ¿Y quién elimina luego al oso? Si crece en proporción, vaciará el agua de la bahía al entrar en ella.

— ¡Prueben sus bombas atómicas, comisionado!

El grito de Jan fue seguido del cierre de la conexión.

* * *

Era más de medianoche y Jan y Rona continuaban en el salón de la casa de ella. Habían recibido más de diez llamadas, y una, importantísima, era del mismo Presidente de la Federación Americana, Mr. Tillsner, quien había pedido a Jan opinión sobre el modo de acabar con el «monstruo».

—Lo siento, señor. No encuentro ninguno, a menos que sea posible capturar vivo al monstruo y someterlo a tratamiento.

Esta fue la respuesta de Jan, minutos antes de saber que un proyectil atómico submarino había logrado arrancar una de las patas articuladas del himenóptero, el cual había huido hacia tierra firme, arrasando todo cuanto encontraba a su paso.

Fuerzas escafandristas y remolcadores intentaban rescatar ahora del fondo de la bahía la pata del «monstruo», para ser examinada por una comisión científico-militar a la que no dejaban asistir a Jan, pese a los esfuerzos hechos por este para ser admitido.

Según parecía, la pata arrancada al «monstruo» era de colosales dimensiones, pues tenía un grueso de dos metros y una longitud de treinta.

—En tierra firme —comentó Rona—, el ejército puede emplear sistemas distintos a los del mar. ¿Crees que daría resultado un bombardeo aéreo de gases somníferos sobre el himenóptero?

—No lo sé. Estoy desconcertado, Rona. Cada persona que muere es un peso sobre mi conciencia.

—No fue tuya la culpa. Si fuésemos a encontrar un culpable, todo señala a Svan Gordon.

—No lo creas. Estaba pensando en lo que habría hecho yo si, durante la investigación, veo crecer desmesuradamente al «pogo».

—Habrías desconectado la cámara iónica.

—Sí, ¡pero el «monstruo» no tiene ahora ninguna ayuda de los rayos «cappa» y, sin embargo, continúa desarrollándose continuamente!

—Tú no lo habrías dejado pasar de un simple conejo de indias.

— ¿Y lo habría podido destruir entonces? —preguntó Jan.

Rona no respondió.

—Esto podía ser algo inevitable, Rona. En ese caso, Svan Gordon tenía razón y yo estaba efectuando prácticas sumamente peligrosas. Ese es mi gran temor, Rona. ¿Qué habría ocurrido si Alice, tú y yo hubiésemos permanecido en el laboratorio?

—Es tarde para pensar eso. Será mejor que nos vayamos a dormir.

— ¿Quién piensa en dormir estando el monstruo libre y matando personas inocentes por el país?

— ¿Y qué puedes hacer si no te permiten intervenir?

—Eso es lo que me tortura. Me devano los sesos pensando en fórmulas que puedan ayudarnos a rectificar el tremendo error cometido. Dice Irene Walden que soy un genio. Es irónico. Yo creo el problema y no puedo solucionarlo... —Jan se detuvo y miró intensamente a su novia—. ¿Y una cámara portátil iónica, capaz de lanzar rayos «cappa» reductores?

— ¿Quieres que hagamos una prueba?

— ¿Cómo?

—En el Instituto Biológico.

—Gordon no nos dejará.

— ¿Le llamo?

Jan asintió.

Rona se levantó, fue al fonovisor y efectuó la llamada. Le contestó el propio Svan Gordon, que estaba despierto y al parecer, muy preocupado.

—Escuche, señor. Es muy importante que nos ayude usted. Jan y yo necesitamos el laboratorio biológico. La situación es apurada y debemos hacer algo, aunque sea por iniciativa propia. Nosotros hemos creado el problema y debemos solucionarlo.

—Yo no sé qué decir, Rona... Tengo un enorme peso en la conciencia. Escucho las noticias y tiemblo de pies a cabeza —respondió Gordon—. No sé de quién es la culpa... ¡No entiendo nada!

— ¡Debe usted entender que es preciso hacer algo! —exclamó Jan, acercándose al foco—. Permanecer cruzado de brazos mientras la gente muere es una canallada.

—Sí, doctor Alderney... Haga usted lo que pueda... Utilice el laboratorio. Yo iré para allá inmediatamente... He oído decir que, posiblemente, se haga necesario evacuar toda la zona de la bahía.

— ¡Nosotros nos quedaremos aquí! —dijo Jan, rotundamente.

—Vamos para el Instituto, doctor Gordon —terminó Rona.

Nada más cerrar el aparato, el zumbador volvió a sonar. Rona volvió a conectar, apareciendo el semblante del comisionado Casemat.

—Hola, doctor Alderney. Tenemos noticias desalentadoras —fue lo primero que dijo Casemat—. La «pogonomyrmex» es indestructible. Un avión de las fuerzas aéreas le ha lanzado una bomba atómica reducida, en las proximidades de Albertville. Solo hemos conseguido alarmar a toda la zona. El «monstruo» ha escapado ileso a la explosión.

»Su paso por la carretera de Houston ha provocado numerosos muertos y heridos. Ya no sabemos qué hacer. Todos nuestros esfuerzos resultan inútiles.

»Ahora se dirige hacia el lago Houston. Tememos que pueda meterse en las aguas.

—Creo preferible que no lo hostiguen —dijo Jan—. Voy al Instituto Biológico, con el doctor Gordon. Quiero ensayar una idea apremiante que se me ha ocurrido para reducir de tamaño a la fiera.

»Es conveniente que le vigilen a distancia y que nadie se le acerque. Es

preciso ganar tiempo hasta ver si, con otros insectos, puedo encontrar un medio científico para reducir la «pogonomyrmex».

— ¿No intentará usted crear otra hormiga gigante? — preguntó Casemat, alarmado.

—Lo siento, pero eso es exactamente lo que me propongo hacer.

— ¡No lo haga, Alderney! ¡Puede escaparse a su control y estaríamos en peor situación! La junta de biólogos militares ha dictaminado que el caparazón que cubre al monstruo es de una dureza indestructible.

»Han estado examinando la pata gigante que el torpedo logró arrancar al monstruo. Nada parece poder atacarla, ni el fuego ni las radiaciones. Su corteza es de un espesor increíble.

— ¡Pues se trata de un compuesto de cloruro sódico, comisionado! — replicó Jan, secamente—. Sin embargo, todavía ignoramos cómo se ha producido ese desmesurado crecimiento, aunque es lógico suponer que, dado el tamaño adquirido, su caparazón debe de ser muy fuerte.

— ¡Fortísimo! Se le ha disparado con cañones de gran calibre y los proyectiles han rebotado en su corteza, estallando y no causándole el menor efecto.

— ¿Ha aumentado mucho de tamaño?

—No. Ahora está igual que usted le vio en la bahía. Hemos observado ese detalle desde el aire.

—Eso significa que carece de sal para su desarrollo —contestó Jan—. El agua del mar y las salinas le han favorecido. Confiemos en que, tierra adentro, su metabolismo sufra algún cambio. Yo, entretanto, investigaré el modo de reducir la acción de los rayos «cappa» que, como usted sabe, se encuentran libremente en la atmósfera.

— ¡Todo lo encuentra ese condenado monstruo en la naturaleza, el agua, la sal, el flúor y los rayos «cappa»! ¿Qué clase de monstruo hizo usted?

—Se hizo solo, comisionado —terminó Jan, enojado.

* * *

Cuando llegaron al Instituto Biológico, Svan Gordon estaba allí, esperándoles. Se saludaron brevemente y se dirigieron al laboratorio de estudios biológicos, que estaba cerrado. Gordon lo abrió y los tres penetraron en su interior.

—Cierre bien la puerta, Gordon. Nadie debe interrumpirnos. Tampoco responderemos a ninguna llamada, excepto a la del comisionado Casemat, que es la única persona que sabe de nuestra presencia aquí.

— ¿Qué es lo que intentas ensayar, Jan? —preguntó Gordon.

—El modo de reducir a la «pogonomyrmex».

— ¿Cómo?

—Voy a desarrollar otra hormiga. Cuando observemos que ha crecido algo, intentaremos reducirla inmediatamente.

Tras una breve pausa, Gordon preguntó:

— ¿Y si no lo consigues?

Fue Rona la que dijo:

—En ese caso tendremos que combatir a dos monstruos e intentaremos destruirlo antes de que sea demasiado grande. A una hormiga de poco tamaño podemos inyectarle un suero enervante y eliminarla.

—Bien, empecemos.

—El espécimen, Rona —pidió Jan, yendo hacia donde se encontraba la moderna cámara iónica.

Jan Alderney había trabajado allí algunos años atrás. Conocía el laboratorio perfectamente, aunque bien era cierto que se habían hecho algunas modificaciones.

Svan Gordon le ayudó en las pruebas preliminares y luego hizo la mezcla de cloruro sódico fluorizado, vertiendo unas gotas en la caja portaobjetos del microscopio.

Mientras Rona había traído del «vivero biológico» una hormiga de la misma especie del «monstruo de Galveston» y, con unas pinzas blandas, la introdujo en el portaobjeto que Gordon había preparado con la «Fórmula Haecker».

Cuando todo estuvo preparado y la acción de los rayos «cappa» estuvieron induciendo sobre el insecto, Jan preparó los medios para el nuevo ensayo reductor. Fue preciso ir al departamento electrónico y elegir una cámara portátil de «rayos cappa» reductores, para lo que se utilizó una cámara iónica preparada con una lámpara de absorción de gran potencia, provista de un condensador.

—Esto nos permitirá recoger todos los rayos «cappa» que existan en varios kilómetros de circunferencia —dijo Alderney.

— ¿Has estudiado estos efectos? —preguntó Gordon.

—No, nunca.

—Y ¿qué te hace suponer que puede dar resultado? —insistió Gordon con voz trémula.

Jan miró al hombre que antaño fuera su jefe y replicó:

—Soy un Coeficiente 109, no lo olvide, Gordon.

El director del Instituto Biológico no encontró palabras para contestar.

Regresaron al laboratorio biológico, donde Rona estaba inclinada sobre el visor del microscopio electrónico.

— ¿Qué? —preguntó Jan—. ¿Empieza a crecer?

—Sí —contestó Rona—. Ya es unas décimas de pulgada más grande.

—La dejaremos crecer doble de su tamaño. Luego... ¡intentaremos reducirlo!

Capítulo VIII

Estaba amaneciendo en las cercanías del lago Houston. Todo el territorio se veía poblado por vehículos blindados del ejército y tropas de Orden Público, como si se tratase de una división mixta en campaña. Armas de todas clases, sobre plataformas móviles, iban y venían, tomando posiciones estratégicas a lo largo de la orilla del lago.

En la localidad de Mask, pequeño pueblo veraniego, casi desierto en aquel tiempo, un hotel-residencia había sido abierto y en su salón principal se instaló el Estado Mayor.

Allí podía verse a varios coroneles, a un general del ejército de tierra y a tres altos mandos de la Armada. El que parecía llevar la voz cantante, empero, era el general de las fuerzas aéreas, Stan Dowley, a quien rodeaban cuatro edecanes.

También estaban allí Arthur Casemat y el comisionado del Departamento Especial de Orden Público de Houston.

—El «monstruo» está refugiado en el lago —estaba diciendo el general Dowley—. Atacarle ahora con todos nuestros efectivos puede dar resultado. No hay nada que pueda resistir la explosión de una bomba de cien megatones.

— ¿Y si el «monstruo» sale indemne de la explosión? —preguntó Arthur Casemat.

— ¡Me como la gorra y todos mis galones, caballeros! —replicó Dowley, iracundo.

—Mucho me temo que eso será lo que tenga usted que hacer, señor —dijo el capitán de navío Leland—. Nosotros le disparamos granadas atómicas y solo conseguimos arrancarle una pata, porque la explosión se produjo en la

mismísima articulación. El «monstruo», empero, se agitó violentamente, sacudiendo las aguas, hundiendo a varios navíos ligeros y destrozando a una sección de submarinistas que estaban en las inmediaciones, en la zona de seguridad.

—Si me permiten —habló Casemat—, debo comunicarles que el doctor Alderney está realizando un ensayo que puede dar resultado. Él me informó anoche de esto y me aconsejó que debíamos esperar los resultados de su prueba.

El general Dowley miró fijamente a Casemat.

—El doctor Alderney habrá de comparecer ante un alto tribunal militar.

—Es un Coeficiente mental 109 —argumentó Casemat.

— ¡Me importa un bledo! ¡Ha puesto en peligro la seguridad de la federación y tendrá que responder de ello!

Uno de los ayudantes del general de la fuerza aérea se inclinó al oído de su jefe y musitó:

—El presidente Tillsner le envió a usted aquí después de haber llamado al doctor Alderney. Ignoro lo que hablaría con él, pero no olvide que ese hombre será admitido pronto en el Club de los Cien y será amigo del vicemariscal Bracque.

Dowley frunció el ceño y barbotó:

— ¿No querrán que demos a Alderney una condecoración?

—Aunque nos cueste extinguirlo, hemos de admitir que ha creado algo que nosotros no somos capaces de hacer.

— ¿Dónde está Alderney?

— En Galveston.

—Llámenle inmediatamente —dijo Dowley—. Envíen un aerobús y tráiganle aquí.

—Sí, señor —contestó un edecán, saludando y abandonando la estancia.

La discusión continuó entre los reunidos, sin que, cuando el sol estaba ya saliendo, se hubiese tomado ningún acuerdo definitivo ni aceptado ningún plan de acción efectivo.

Y lo peor fue que el edecán de Dowley regresó diciendo:

—Lo siento, general. El doctor Alderney no aparece por ninguna parte.

Casemat se levantó y dijo:

—Está en el Instituto Biológico de Galveston. Él mismo me lo dijo.

—Hemos llamado allí, pero nadie nos ha contestado.

— ¡Que vaya alguien y me traiga a ese hombre aquí inmediatamente! —rugió Dowley—. Eso debe ser cosa de usted y del Orden Público, comisionado Casemat. Le ordeno que busque a Alderney y me lo traiga cuanto antes.

—De acuerdo, señor.

* * *

Horas antes, en el laboratorio del Instituto Biológico, Alderney, Gordon y

Rona habían efectuado su experimento. Llegado el momento decisivo, cuando la «pogonomyrmex» tenía ya un tamaño de centímetro y medio, Jan se ocupó personalmente de la cámara portátil iónica, provista de la lámpara reductora.

La conectó y dirigió el haz invisible hacia la caja portaobjetos, donde se movía la hormiga en la solución de cloruro sódico fluorizado.

Durante más de media hora, las tres personas estuvieron examinando la caja con suma atención, hasta que, de pronto, Gordon exclamó:

—Estoy seguro que empieza a disminuir.

—Ya hace un rato que he observado lo mismo, doctor Gordon —dijo Jan.

— ¡Esto es un éxito!

—Aguarde, Gordon. Todavía no está completo el proceso. Estoy estudiando la reacción. De que iba a reducirse estaba seguro. Necesitamos saber efectos posteriores, analizar.

—No deberíamos perder más tiempo. Vayamos con la cámara iónica a donde esté el monstruo —exigió Gordon, impaciente.

Jan y Rona se miraron.

— ¿Aguardamos un poco más, Jan? —preguntó la joven.

—Sí... Un poco más. Hemos de estar seguros.

—Esta demora puede estar costando vidas inocentes —replicó Gordon.

—Lo siento, pero ya se han cometido muchos errores, doctor Gordon. Debemos asegurarnos bien antes de hacer nada. Unos minutos más no significan nada.

—Bien, ¿cuál es tu duda, Alderney?

—Muy simple. Ese monstruo se ha desarrollado por sí solo... ¡Claro que podemos probar con el fragmento que tienen los científicos militares en la Universidad! —exclamó Jan.

— ¿Crees que nos dejarán? —preguntó Rona.

—Y ¿por qué no? Allí debe de estar el «ecuánime y justo» doctor Jerry Taff... Vamos allá. Ayúdeme a llevar la cámara, doctor Gordon. Rona, destruye la hormiga.

Mientras Jan y Gordon llevaban la cámara iónica hacia la salida, Rona tomó la caja portaobjetos y la llevó hasta una pileta de acero inoxidable. Allí tomó una probeta con ácido altamente corrosivo y vertió unas gotas sobre la hormiga que se agitaba en el recipiente.

Surgió un humo blanco y la hormiga dejó de moverse. Instantes después era corroída y se licuaba con el ácido, desapareciendo. Para mayor seguridad, Rona echó los restos a la pileta y abrió el agua.

Luego fue a reunirse con Jan y Gordon en el patio exterior, donde estaban cargando la cámara iónica en el bólido-furgón.

Jan tomó el volante. A los pocos minutos corrían por las desiertas calles de la ciudad hacia la Universidad Central, en cuya entrada encontraron un piquete de soldados de infantería de marina, de vigilancia.

—Queremos ver al doctor Taff. Es urgente —exigió Alderney.

—Aguarden unos instantes, señores —contestó un sargento, mirando con

interés a los tres visitantes y especialmente a Rona.

Diez minutos más tarde aparecían Jerry Taff y dos científicos militares, todos cubiertos con batas blancas. Hablaron con Alderney y este les explicó el motivo de su presencia allí.

—Bueno, creo que podemos permitir que ensayen con ese fragmento indestructible de hormiga colosal. Pasen, por favor. Estamos en el laboratorio de física... ¿De modo que fue usted el autor del monstruo, eh? —inquirió un médico militar, mirando a Jan.

—Sí.

Dos «marines» cargaron la cámara iónica. Cruzaron los pasillos móviles y descendieron escaleras automáticas, hasta llegar a la sección de ciencias físicas y naturales, donde otros varios científicos de los organismos militares estaban ensayando distintos procedimientos con una enorme pata de himenóptero, cuyas proporciones invadían la gran sala.

Jan Alderney y sus acompañantes fueron presentados por el doctor Jerry Taff, y pronto estuvieron todos pendientes de las palabras de Jan.

—Veo que han empleado ustedes toda clase de procedimientos con el objeto de fundir o destruir este fragmento de la «pogonomyrmex», y observo que ninguno ha conseguido nada.

— ¿Tiene usted alguna idea? — preguntó Taff—. ¿Qué objetivo tiene esa cámara iónica que han traído?

—Permítanme explicarles de qué está compuesto el himenóptero. La acción de los rayos «cappa», dominante en el crecimiento del insecto, junto con la «Fórmula Haecker», base de su alimentación, se ha unido a las glándulas de secreción interna del monstruo, cuyo desarrollo extraordinario va unido a unas condiciones naturales de vigor, dureza y resistencia.

«Normalmente, una hormiga está constituida de forma que le permite ejercitar esfuerzos enormes. Las hormigas, como saben ustedes, pueden levantar pesos varias veces superior a sí mismas. Esto quiere decir que su constitución es extraordinaria, tanto en solidez como en resistencia.

»No es extraño, pues, que al desarrollarse tan grandemente, todo su metabolismo haya sufrido idéntico crecimiento y su corteza externa sea tan dura como el más tenaz de los aceros y su fuerza capaz de demoler edificios de hormigón armado.

»No existe, creo, fuerza externa capaz de destruir a la «pogonomyrmex» en las condiciones en que se encuentra. No se trata de un animal viviente, sino de «algo» capaz de resistir todos los ataques de las técnicas más avanzadas del hombre.

»Por lo tanto, mi opinión es que solo existe un medio para vulnerar la increíble tenacidad del monstruo. Me explicaré.

— ¿Cuál es ese medio? —preguntó un científico militar.

—El mismo que se empleó para su desarrollo, pero invirtiendo los factores. O sea, absorbiendo la radiación «cappa» que contienen todas las moléculas de ese enorme metabolismo. Debe producirse una descohesión y se

descompondrá la fórmula que lo ha creado. Lógicamente, el tamaño del monstruo debe disminuir y recuperaremos el cloruro sódicofluorizado.

— ¡Todo eso es absurdo! —exclamó alguien—. Yo no puedo creer que eso sea posible. Es preciso tener presente que aquí solo tenemos un miembro inerte del monstruo.

— ¡Que está formado de la misma materia de la hormiga gigante! —terminó Jan—. De todas maneras, pronto saldremos de dudas. Vamos a probar con la cámara que hemos traído.

—Bien, bien, hagamos esa prueba. He leído que es usted un Coeficiente 109 —dijo un científico militar.

—Soy el que tiene más interés que nadie en destruir al monstruo.

Todos colaboraron, más o menos directamente con la experiencia. Jan colocó la cámara iónica y Gordon la conectó al suministro eléctrico. La cámara empezó a zumbar y los invisibles rayos «cappa» reductores empezaron a «absorber» la sólida cadena atómica entrelazada en el singular metabolismo de aquel fabuloso fragmento de la «pogonomyrmex».

Al principio, pareció que el resultado iba a ser nulo. Minuto a minuto, la cámara estuvo recuperando rayos, sin que se apreciase resultado alguno. Jan Alderney había hecho incidir la influencia de las invisibles partículas en el centro mismo de la larga extremidad.

Sin embargo, de pronto, todos pudieron escuchar un crujido. Jerry Taff emitió un grito y señaló el lugar donde actuaba más directamente la cámara iónica.

— ¡Miren! —exclamó—. ¡Se ha abierto una grieta!

No era prudente colocarse entre la cámara iónica y el lugar de «absorción» de los rayos. Por esto, Jan replicó:

—No se acerque, doctor Taff. Algo en su estructura está cediendo.

— ¡Esto parece que marcha!

Efectivamente, pocos minutos después, la gran pata del insecto gigante se había fragmentado en dos partes, como si un invisible soplete la estuviese fundiendo, a la vez que un intenso olor a salitre se esparcía por el aire.

— ¡Esto da resultado! —exclamó Svan Gordon.

—Eso creo —admitió Jan, no muy satisfecho—. Sin embargo, estimo que es necesario disponer de más cámaras iónicas. Con una sola, para el gran tamaño del monstruo, no conseguiremos mucho, teniendo en cuenta que, estando vivo, al sentir los primeros dolores de la descomposición, se revolverá y arrasará todo lo que encuentre a su alrededor, principalmente las cámaras.

— ¡Podemos reunir más cámaras de estas! —exclamó un científico militar.

—Pues no perdamos más tiempo —dijo Jan—. Hay que movilizar todas las cámaras iónicas que podamos hallar y llevarlas a las inmediaciones del lugar en donde se encuentra el monstruo.

Rápidamente, todos los allí reunidos se dispusieron a partir hacia sus respectivos laboratorios. Un coronel del cuerpo científico de aviación dijo que en su base de Charlesville se estaba montando una gran cámara iónica.

— ¡Pues vaya usted inmediatamente allá y que la transporten en un avión! Hay que conseguir también fuentes de energía eléctrica para alimentar las cámaras. Yo voy a salir ahora mismo hacia el lago Houston. Nos encontraremos allí.

* * *

El general Svan Dowley dio un golpe fortísimo sobre la mesa y bramó:

—Pero ¿dónde diablos se ha metido ese hombre? ¡Supongo que no habrá cometido el disparate de huir en las actuales circunstancias!

Arthur Casemat respondió:

—Acabo de enterarme que han estado en la Universidad de Galveston, realizando una experiencia. Pero tanto él como todos los científicos que había allí se han ido.

— ¿Dónde? —rugió Dowley.

Antes de que Casemat pudiera responder, un oficial de comunicaciones entró corriendo y dijo:

— ¡Señores, el monstruo está saliendo a la superficie del lago y se encamina a la zona norte!

— ¡Que entren en acción las baterías de 200 mm! —ordenó Dowley.

— ¡Comunicación con la estación móvil número tres! —añadió otro oficial, asomando en la sala de reuniones.

Todos se volvieron a mirar a la pantalla de televisión que se había iluminado al fondo de la sala. Y en ella pudieron ver la imagen terrorífica del monstruo de Galveston, avanzando sobre las aguas del lago, en dirección a la costa.

La toma de visión se efectuaba desde un helicoplano, a unos ciento cincuenta metros de altura.

El general Dowley se acercó a la pantalla y tomó un micrófono.

—Atención a los jefes de posición aérea y de tierra. Abran fuego intensivo contra el monstruo. Es preciso obligarle a retroceder hacia el centro del lago. Fuego a discreción.

Inmediatamente, una serie de explosiones se produjeron en torno al enorme animal, cuya cabeza se vio envuelta en humo.

—General Dowley a coronel Melwyn.

—Le escucho, señor.

—El RK-102 debe prepararse con su carga atómica. Sería preciso evacuar los alrededores antes de atacarle.

— ¡Considere el terrible peligro, señor!

—Está considerado. Si no hay más remedio, habremos de hacerlo. Que esté todo preparado.

En la pantalla, hacia la que todos miraban, fascinados, se veía a la «pogonomyrmex» gigante agitarse, como molesta por el intenso cañoneo. Incluso retrocedió, medio ocultándose en el agua. A su alrededor, olas enormes se agitaban.

Fue en aquellos momentos cuando un inspector de Orden Público pidió hablar con Casemat. Este salió de la sala de juntas y el funcionario le informó:

—En el puesto de control de la carretera de Galveston se ha detenido a un vehículo del Instituto Biológico. Sus ocupantes dicen ser el doctor Alderney, la doctora Nowara y el doctor Gordon. Solicitan permiso para penetrar en el área y venir aquí.

— ¡Déjeles pasar inmediatamente! ¡Prioridad absoluta, Belly!

Casemat regresó a la sala de juntas, donde todos seguían atentos a la pantalla. Pudo ver como las explosiones artilleras obligaban al monstruo a retroceder y ocultarse bajo las aguas, sin que, aparentemente, la metralla ni el napalm le causara ningún daño.

— ¡Ha aparecido el doctor Alderney! —exclamó Casemat—. Viene hacia aquí. Estaba retenido en un puesto de control.

—Bueno —dijo Dowley—. Eso ya es algo. Ese hombre y yo tenemos que hablar detenidamente. Y, si no me da una solución concreta, haré, desalojar todo el territorio y una bomba de cien megatones acabará con el monstruo.

El capitán de navío Ian Leland sonrió, diciendo:

—Mucho me temo que ni aun así se conseguirá nada. Más confianza tengo en la llegada de Alderney que en todo el ejército americano.

Efectivamente, minutos después llegaba Jan Alderney y sus acompañantes. El general Dowley le recibió en el acto y le examinó de pies a cabeza, diciendo:

—No tiene usted aspecto de un científico auténtico, doctor Alderney.

—Usted tampoco parece un general —replicó Jan, secamente—. Lo importante es que usted haga, a partir de ahora, todo cuanto yo le mande.

Svan Dowley enrojeció hasta la raíz del cabello y gritó:

— ¡Soy el jefe de operaciones de esta misión y no permitiré que nadie venga a darme órdenes!

—No me importa quien sea usted. Ese monstruo es mío. Yo lo creé y yo lo aniquilaré. Y no admito que nadie se entrometa en mi labor... Rona, pide comunicación con Washington y diles que deseo hablar con el presidente Tillsner inmediatamente.

Jan no se amilanó ante la arrogancia de Dowley, quien hubo de morderse los labios y decir:

—Bien, no es necesario llamar a Washington. ¿Cuál es su plan, doctor Alderney?

—Quiero saber dónde se encuentra el monstruo... Necesitaremos colocar cámaras iónicas que pronto empezarán a llegar en torno a él. Hay que producir electricidad o traer tendidos de alta tensión. Esto es más importante que todas las armas o bombas que puedan utilizar ustedes.

— ¿Darán resultado esas cámaras iónicas?

—Hemos hecho la prueba con la extremidad del monstruo y hemos conseguido efectos sorprendentes —terminó Jan.

Capítulo IX

A bordo de un helicoplano, donde se había colocado un enorme transformador de corriente alterna, Jan Alderney estaba inclinado sobre una escotilla abierta, ante la que tenía una cámara iónica.

Detrás de él, el general Dowley, con un micrófono en la mano, daba las órdenes a los otros siete helicoplanos que habían sido preparados rápidamente para efectuar el ataque contra el monstruo, todavía sumergido en las aguas del lago Houston.

Una pequeña embarcación, sobre las aguas, sondeaba el fondo del lago por medio del radar, siendo auxiliada por cuatro submarinistas provistos de visores de aumento y lámparas de profundidad submarina.

—Seguramente, al sentir los efectos, el monstruo enloquecerá e intentará huir hacia tierra firme —dijo Jan—. Es preciso que los pilotos de los helicoplanos estén preparados para seguirle, formando siempre un círculo en torno a él, a suficiente altura para que los rayos sean efectivos y nosotros no estemos al alcance de sus antenas.

—Eso quedó suficientemente claro —dijo Dowley—. Pero se lo repetiré a los jefes de unidades.

—Ustedes —Jan se volvió a los hombres que manejaban el transformador — me darán energía en el momento que yo se lo pida.

—Sí, señor —respondió un ingeniero.

El helicoplano sobrevolaba el lago en su parte central. A prudente distancia, Jan podía ver a los otros aparatos voladores, con sus escotillas abiertas y a los científicos militares y civiles, sujetos con las correas de seguridad, como él, detrás de las cámaras iónicas.

Rona también estaba en uno de aquellos aparatos de sustentación por

planos giratorios sobre la estructura, que eran auténticos platillos voladores. Podían verse con facilidad y, de vez en cuando, se saludaban agitando las manos.

Dowley terminó de dar las órdenes y se acercó a donde estaba Jan.

—Parece que tardan en localizarle.

—Debe de estar en el fondo, intentando obtener sal para su alimentación —replicó Jan.

—Pues aquí no la encontrará. Esto es agua dulce.

—El monstruo triturará las rocas del fondo hasta encontrar cloruro sódico. Sepa que en la corteza terrestre existen enormes cantidades de sales. Las engullirá y rechazará el resto.

Un grito a través de la radio hizo que todos se fijaran intensamente en la embarcación que tenían debajo.

— ¡Localizado a ciento diez metros de profundidad!

— ¡Lancen la boya de orientación y retírense inmediatamente! —gritó el general Dowley.

Jan pudo ver como los escafandristas, que iban equipados con radios submarinos, salían a la superficie y eran recogidos por los marineros de la embarcación de reconocimiento.

— ¡Energía! —pidió Jan, volviéndose al ingeniero encargado del transformador.

La cámara iónica empezó a zumbar en el mismo instante en que se conectó el transformador a las grandes baterías del helicoplano, el cual pareció oscilar, perdiendo algo de altura. Pero el piloto compensó inmediatamente la velocidad de sustentación y logró la estabilidad.

Los otros siete helicoplanos repitieron la misma maniobra, al recibir las órdenes del aparato capitán. Y, al mismo instante, ocho cámaras iónicas empezaron a absorber los rayos «cappa» que había en las aguas del lago.

—Desciendan hasta casi tocar la superficie del agua —ordenó Jan—. Pero estén preparados para cuando surja el monstruo. Entonces hay que remontarse rápidamente. General, pregunte si todo va correctamente en las demás naves.

Los jefes de los helicoplanos contestaron afirmativamente a la pregunta de Dowley, a la vez que descendían en torno al lugar donde la embarcación marítima había dejado una boya pintada de rojo y amarillo.

— ¿Cuánto tiempo habremos de esperar para conocer los efectos de la absorción de radiación «cappa»? —preguntó el general Dowley, acercándose a Jan y mirando a las aguas tranquilas del lago, situadas ahora a pocos metros.

—No lo sé. Veinte o treinta minutos, general.

—Recuerde que solo tenemos energía para una hora.

—Será más que suficiente. Lo tengo muy en cuenta.

Sin embargo, los efectos múltiples de las ocho cámaras iónicas funcionando sobre la superficie del lago se hicieron notar a los cinco minutos exactos, cuando las aguas se agitaron violentamente.

— ¡Arriba! —gritó Jan.

Los pilotos obedecieron instintivamente, excepta uno. Precisamente el que estaba ocupado por el doctor Gordon, que también formaba parte de la expedición. Algo debió ocurrir en los motores, porque el piloto no pudo elevar su nave, la cual caía, al poco, sobre las aguas, en el momento en que surgía de entre la espuma revuelta, la negra y pavorosa cabeza de la «pogonomyrmex», emitiendo un rugido que debió escucharse a veinte millas de distancia.

— ¡Una nave ha caído! —gritó Jan—. ¡Por Dios, auxílienles cuanto an...!

Jan no pudo terminar la frase. Como si el monstruo intuyera que la nave que se hundía rápidamente era la causante de la terrible inquietud que la dominaba, agitó sus enormes patas y una de ellas golpeó el helicoplano, haciéndolo desaparecer bajo las revueltas aguas. Inmediatamente, el monstruo se sumergió también, para aparecer pocos minutos después con el helicoplano, entre sus enormes mandíbulas.

Jan pudo ver a alguien cayendo al vacío cuando el monstruo elevó su cabeza y apretaba las mandíbulas que convirtieron al helicoplano en chatarra.

Las radios transmitieron toda clase de gritos e imprecaciones, pero Jan chilló:

— ¡Dígales que sigan funcionando las cámaras, general!

La orden fue ejecutada inmediatamente, mientras los aparatos se mantenían en suspensión, formando círculo en torno al monstruo, que se agitaba sobre las aguas, pretendiendo alejarse hacia el sudoeste, como si presintiera ya lo que se proponían hacer los siete aparatos que volaban sobre él.

— ¡Evacuación inmediata de toda la zona sur y oeste! —ordenó el general Dowley, comprendiendo hacia donde se dirigía el monstruo, cuyo aspecto, visto desde sesenta metros de altura, era lo más escalofriante que nadie había visto jamás.

Las órdenes fueron obedecidas y las fuerzas que rodeaban el lago en las zonas indicadas, subieron rápidamente en sus carros y vehículos, para emprender una precipitada huida y evacuar, al mismo tiempo, todo el territorio por el que se suponía que iba a pasar el monstruo.

La operación había movilizado ya a más de cincuenta mil hombres de los tres ejércitos, además de un cuantioso número de inspectores rurales y de Orden Público de las poblaciones más próximas.

Efectivamente, el monstruo salió del lago en el área sudoeste, donde existía un espeso bosque de pinos, por entre los que avanzó, revolviéndose con frecuencia y emitiendo poderosos rugidos al cielo. Los árboles caían desmochados bajo el terrible empuje de la fiera iracunda, que agitaba incluso el suelo en su violento debatirse.

Pero sobre él, siempre siguiéndole en perfecta formación circular, los helicoplanos, hábilmente dirigidos por sus diestros pilotos, se mantenían con escasa variación, de suerte que los científicos podían estar continuamente dirigiendo hacia el monstruo sus cámaras iónicas.

Un oficial de enlace se acercó al general Dowley, con un mapa en la mano.

—Se dirige hacia Houston, señor. Si llega a la metrópoli ocasionará daños cuantiosos e irreparables.

— ¡Que se evacúe inmediatamente la ciudad! —ordenó Dowley.

— ¡No se puede evacuar en pocos minutos una población de catorce millones de habitantes, señor!

— ¡Pues deben hacerlo! ¡Avisen al Departamento Especial de Orden Público de Houston! ¡Quiero la ciudad vacía antes de quince minutos!

—Sí, señor.

Jan, asomado a la compuerta y mirando abajo, hacia el enorme caparazón de la hormiga gigante, exclamó:

— ¡Aguarde, general! ¡Parece que se detiene en el lindero...! Sí, se vuelve. Le estamos causando efecto ya... Se agita y ruge.

Era un espectáculo pavoroso ver a la «pogonomyrmex» caminando con sus tres patas derechas y dos izquierdas, como renqueando, abatiendo pinos enormes y dejando un reguero despoblado de vegetación en su avance, dado que iba arrastrando su enorme vientre negro, recubierto de recios anillos abdominales, que debían ser de varios metros de espesor y más duros que el tungsteno.

Al borde del bosque, el monstruo del que todo el mundo y colonias del sistema solar estaban pendientes se había detenido. Se ladeó sobre el costado izquierdo y se puso vientre arriba, agitando sus enormes patas, como si quiera arañar a las naves que tanto le mortificaban, creando un creciente malestar en sus órganos nerviosos.

— ¡Le estamos infringiendo un daño terrible y ahora que se ha detenido y podemos centrar nuestras cámaras sobre él, mucho más! ¡Diga a las otras naves que concentren los rayos sobre su cabeza, hemos de procurar afectar su centro nervioso!

Svan Dowley transmitió la orden. Rona agitó la mano desde su nave. Jan pudo ver que hacía la señal de victoria.

Sin embargo, el monstruo no estaba vencido, ni mucho menos. Ahora empezó a agitarse con mayor furia, lo cual impidió que los rayos «cappa» pudieran incidir su absorción sobre su enorme cabeza.

Es más, el monstruo debió notar cierto alivio en los bruscos movimientos, porque de pronto echó a correr, obligando a los pilotos de las naves a que aceleraran su marcha. La dirección tomada por la «pogonomyrmex» era hacia el norte.

— ¡Atención a las tropas estacionadas en la región de Ash y Belville! —gritó el general Dowley—. ¡El monstruo se dirige hacia ahí! Podrán localizar su presencia por el círculo de helicoplanos. Retírense todas las unidades móviles de su trayectoria.

La orden debía ser ejecutada sin dilación, porque el monstruo avanzaba ahora por un terreno llano y sembrado, en dirección a un poblado rural que había a dos millas de distancia.

Jan Alderney fue de los primeros en darse cuenta del peligro, puesto que

gritó:

— ¡Hay tropas en aquellas inmediaciones, general Dowley!

Stan Dowley recurrió a los prismáticos y su voz atronó dentro del helicoplano:

— ¡Atención a las unidades instaladas en Ash! ¿Qué diablos están haciendo ahí? ¡Salgan huyendo inmediatamente!

Un oficial de comunicaciones informó a los pocos segundos que el coronel de la unidad blindada había sufrido una súbita enfermedad y sus tropas no sabían qué decisión tomar.

— ¡Que huyan todos como sea! ¡Tomen la carretera rural de Houston y desalojen esa zona, pronto, imbéciles!

En contados minutos, el monstruo se había situado en las inmediaciones de Ash, donde las tropas allí instaladas estaban saliendo de estampida a bordo de sus carros blindados.

Sin embargo, se produjo el lógico desconcierto cuando los jefes de unidad vieron tan cerca al monstruo. Y entonces ocurrió un percance trágico que costó la vida a toda la dotación de un blindado pesado, porque en la precipitación por huir, el conductor realizó una falsa maniobra y precipitó el vehículo en una vaguada próxima a la carretera.

Segundos después, cuando los hombres intentaban escapar por las escotillas de emergencia, el monstruo llegó hasta la máquina de acero, la agarró con su poderosa mandíbula y la trituró como si fuese un huevo, en un abrir y cerrar de ojos, para luego lanzarse sobre las construcciones de la localidad rural y aplastarlas a su paso como si se tratasen de castillos hechos en la arena.

Los helicoplanos, sin embargo, lograron mantenerse siempre sobre el monstruo, enviando sus invisibles y constantes rayos, cuyos efectos se hacían notar cada vez más acentuados en la actitud del monstruo.

Al fin, después de media hora de continua persecución, desde el lago Houston hasta el mismo cruce de la autopista radial de Texas-Louisiana, donde las autoridades habían interceptado el tráfico en muchas millas de distancia, la «pogonomyrmex» se detuvo otra vez, estremeciéndose. En sus convulsiones, toda la instalación viaria de la zona quedó arrancada. Enormes bloques de cemento de pavimentaciones volaban al aire, cada vez que la hormiga gigante se contraía y agitaba sus extremidades.

Era un espectáculo dantesco ver la agonía de aquella mitológica fiera creada por la ciencia del hombre. Los enormes bloques de cemento de los pasos elevados, como si fuesen débiles fragmentos de yeso, se partían con estruendosos crujidos y las barandillas saltaban al aire como accionados por ingentes cargas de dinamita.

Pero el monstruo no avanzaba ya. Estaba agitándose en aquel punto vital de comunicaciones viarias. Allí podían lanzarle los rayos «cappa» que minaban y destruían su poderoso organismo.

Jan Alderney estaba fascinado por aquella impresionante visión de la

muerte del titán himenóptero. Sobre él, sin palabras, atónito, el general Dowley también miraba abajo, con ojos muy abiertos.

Y tanto científicos como pilotos, desde los helicoplanos, estaban dominados por la espantosa lucha del monstruo, pretendiendo aferrarse a una vida que no le pertenecía.

Fue algo caótico. A los pocos minutos de agonía, el terreno en torno al monstruo era irreconocible. Había arañado el suelo, desalojando toneladas de tierra.

— ¡Espantoso! —exclamó el general Dowley, recobrando el uso de la palabra—. De no verlo, no lo habría creído jamás.

—Ese es su fin. Ya no puede moverse, prácticamente. Está en las últimas convulsiones.

Así era, efectivamente. Ahora las patas del monstruo se movían sin fuerza. Su cabeza continuaba agitándose, pero había caído de costado y, al pretender levantarse, volvía a caer. El enorme abdomen le pesaba horriblemente y era incapaz de trasladarlo.

— ¿Cuánto tiempo llevamos? —preguntó Jan, volviéndose al ingeniero.

—Cuarenta minutos.

—Hay que resistir un poco más. Ya lo tenemos dominado. Si retirásemos ahora los rayos «cappa», podría revivir.

—Tenga presente que solo tenemos energía para veinte minutos más. Luego nos veremos precisados a tomar tierra en las inmediaciones y si... eso se lanza sobre nosotros...

—Ya no se levantará... ¿No perciben ese olor a salitre?

—Sí, me estaba preguntando si es que nos hemos equivocado y estamos cerca de la costa —declaró el general Dowley.

—Eso significa que le hemos dañado mortalmente... ¡Vean, ahora!

Pudieron ver perfectamente las grietas que empezaban a surgir en la inmensa y monstruosa cabeza de la «pogonomyrmex», cuya corteza negra y ósea parecía estallar por distintos lugares a la vez.

El gigante cuerpo aún se estremecía, especialmente las patas, en un agónico estertor, precursor de la muerte. Y las grietas empezaron a surgir también en su región torácica.

Primero quedó inmovilizada totalmente una de sus extremidades. Luego fueron las dos antenas vibrátiles y siniestras. Por fin, todo el cuerpo quedó rígido.

El fuerte olor a sal era casi irrespirable ya.

—Creo que debemos retirarnos —propuso Jan—. ¡Cierren la energía!

La orden se obedeció con gusto por parte de los ingenieros.

—Ahora regresemos a la base —dijo Jan, levantándose—. Aunque aún me gustaría ver lo que ocurre.

—Volveremos dentro de cinco minutos —dijo el general Dowley—. Ordenaré que tengan preparado otro helicoplano con las baterías bien cargadas.

* * *

Quince minutos después, en un aparato volador, el general Dowley, Arthur Casemat, Jan Alderney y Rona Nowara regresaban a la zona en donde yacía muerto el monstruo. Fue preciso mantenerse a gran altura, porque el fuerte olor salitroso era casi irrespirable.

Provistos de potentes prismáticos, todos los reunidos pudieron contemplar perfectamente el cadáver que se iba descomponiendo en un líquido ambarino, debido a la acción ejercida por los rayos «cappa» reductores sobre las moléculas fluorizadas que el cloruro sódico y las segregaciones internas del monstruo.

— ¿Le sirve todo eso para sus investigaciones científicas, doctor Alderney? —quiso saber el general Dowley.

—Extraordinariamente, general —declaró Jan—. Se puede decir que la biología ha iniciado una nueva ciencia que, a partir de la «Fórmula de Haecker», puede llevarnos al gigantismo de todas las especies animales.

— ¿No intentará usted crear nuevos monstruos con otras especies?

—Y ¿por qué no, general? —contestó Jan—. En la investigación se producen fallos y accidentes. Si por ello la humanidad se hubiese detenido, todavía estaríamos en la prehistoria.

—Se verá forzado a convencer a muchas personas para que le permitan continuar investigando en ese aspecto. Y, desde luego, a mí no me convencerá usted.

—Usted no es un hombre de ciencia, general —respondió Jan—. Pregúntele a Rona Nowara. De todas formas, la ciencia está en manos de científicos. Y puede que algún día, usted u otro alto jefe militar nos pida le demos fórmulas seguras para convertir a nuestros soldados en gigantes.

»¿Quién le dice a usted que en los remotos mundos no vamos a encontrar razas gigantes? ¿Qué sabe usted lo que encontrarán nuestros astronautas en su próximo viaje a la Galaxia?

Dowley estaba mirando fijamente a Jan, como aturdido.

— ¿Quiere usted decir que un hombre podría...?

—Y ¿por qué no? Usted ha visto lo que ha sucedido con una simple hormiga. Un ser humano también tiene un metabolismo morfológico que puede ser desasociado por medio de la influencia de los rayos «cappa» y una alimentación adecuada. En eso podemos trabajar mucha gente.

»Nada, entiéndalo bien, puede detener el avance de la ciencia. Y acerca de esto hablaré en la Academia Mundial de Ciencias, dentro de poco.

—Si es usted capaz de mandarme a mí y hacer que le obedezca, sé que logrará todo cuanto se proponga, doctor Alderney —terminó diciendo el general Stan Dowley, admirado ante la sabiduría de Jan.

Rona estaba ya abrazada a su novio, mirándole embobada.

EPÍLOGO

Al descender del autobólido oficial, que el presidente de la Federación Europea había puesto a su disposición, a su llegada al espaciódromo de París, Jan Alderney miró hacia la entrada del suntuoso palacio presidencial.

Se sintió lleno de orgullo al ver a los coraceros de la guardia, con sus tres metros y medio de estatura. Aquellos hombres eran así, descomunales y poderosos, gracias a los ensayos de Jan.

Rona Alderney, que descendió detrás de él, también contempló a los hombres que formaban la guardia de recepción.

El embajador de la Federación Americana salió también del vehículo y comentó:

—El presidente Haak saldrá a recibirles a la puerta del palacio.

Sonaron clarines. La comitiva se había detenido y los dignatarios europeos descendían de sus automóviles. No se había permitido la entrada de la prensa a los jardines de palacio.

Jan tomó del brazo a Rona y la acompañó hasta donde se encontraba la guardia presidencial, cuyo oficial, provisto de un sable de descomunales dimensiones, les saludó militarmente.

—Bien venido a Europa, profesor Alderney —dijo aquel hombre, en inglés correcto.

—Gracias, capitán. Me alegro muchísimo de conocerles a todos ustedes.

Jan tenía que alzar la cabeza, para hablar con el altísimo oficial, quien se situó a su lado y le acompañó hacia la entrada del edificio, en donde el cortejo del presidente Haak asomaba en aquel momento.

Allí estaba el hombre más importante de Europa, solemne, sonriente, satisfecho por el alto honor que el hombre más inteligente del mundo le hacía con su visita.

Jan quiso inclinarse ceremoniosamente delante de Haak, pero este se adelantó para impedírselo, extendiendo sus brazos y tomando a su visitante en ellos, de modo poco protocolario.

—Soy yo quien debería inclinarse ante usted, profesor —dijo el presidente

—. ¿Cómo está mi buen amigo Tillsner?

—Hace una hora le he dejado en Washington perfectamente, excelencia. Permítame presentarle a mi esposa.

—Es un placer, señora. Europa entera celebra hoy esta entrañable visita a nuestro viejo mundo de la pareja más célebre que pisó jamás nuestro suelo.

—Su excelencia nos honra —contestó Jan.

Intervinieron los embajadores, se cambiaron ceremoniosos saludos y Jan comparó la insignificante figura del presidente con los soldados de su guardia.

—Magníficos, ¿verdad, excelencia?

—Magníficos y buenos. Es extraño lo que ha conseguido usted con estos colosos. Son los hombres más bondadosos y pacíficos que existen. Creo que toda la humanidad debería ser así de grande.

— ¡Arruinarían las despensas nacionales! —exclamó el presidente Haak, tomando a Jan del brazo y llevándole, en cabeza de la comitiva, hacia el interior del impresionante vestíbulo dorado del palacio.

Rona también fue atendida por el vicepresidente. Poco después, los más altos dignatarios de la Federación Europea se reunían con Jan Alderney y su esposa, a los que acompañaban algunos embajadores de la Federación Americana, en una preciosa sala, donde se había preparado un «lunch» para el recibimiento.

El presidente Haak, para agasajar más a Jan, se lo llevó a una amplia butaca, donde conversaron amigablemente.

—Por favor, profesor Alderney, no emplee el protocolo conmigo. Usted es un Coeficiente 109, mientras que yo solo soy un 106. Hay un abismo entre usted y yo. Si quisiera dedicarse a la política y fuese europeo, no tendría inconveniente en renunciar en beneficio suyo.

—No tema, excelencia. Me fascina la ciencia. ¿Me presentará usted al eminentísimo doctor Piccard?

—Efectivamente. Acudirá esta noche a palacio. He pensado reunirnos en privado y cenar con él, su esposa, ustedes y yo. Tengo ansiedad por oírles hablar de sus investigaciones.

—Mucho me temo que nuestro lenguaje no esté al alcance de tan importante diplomático como es usted. Nos introduciremos en la ciencia de los biogenéticos y nuestras fórmulas le abrumarán, excelencia.

—Me tendré que hacer pesado y rogarles que vulgaricen su lenguaje. Soy un apasionado de las ciencias. ¿Qué impedimento hay en que se quede usted en Europa para siempre, profesor?

—Un gran impedimento. Soy leal a mi Federación, excelencia. Además allí tengo el más completo laboratorio y un presupuesto oficial que no agotaré nunca, para subvencionar mis investigaciones.

—Comprendo. Era un decir. Debí suponer que no estaría usted necesitado de buenos colaboradores.

—No, no lo estoy. De todas maneras, Europa y América están unidas por vínculos muy estrechos y entrañables. Nuestra ciencia es la de ustedes y

viceversa. El intercambio científico y cultural es inmenso.

El presidente Haak sonrió e hizo una pausa. Luego habló mesuradamente:

—Rogué al presidente Tillsner que formásemos un ejército conjunto para ir a Togark.

—Lo sé. Hace años que esperaba algo así y ya ha llegado. Diez años hace ya de mi descubrimiento y son pocos, sin duda. Recuerdo que cuando exterminamos la hormiga gigante que nos causó tantos problemas, iba conmigo un general de las fuerzas aéreas, ya muerto, que me dijo si ya había tenido bastante con aquello.

»Fue entonces cuando se me ocurrió que algún día podríamos necesitar hombres de elevada estatura para combatir a posibles razas gigantes que pudiéramos encontrar en la Galaxia.

—Eso es lo que ha ocurrido —afirmó el presidente Haak.

—Yo he hablado reiteradamente con el presidente Tillsner, al respecto. Se me ha delegado para venir aquí, como invitado de honor, pero la realidad es que usted cree necesitar cien mil hombres que posean una estatura de sesenta metros, aproximadamente, y no aquí, sino en su destino.

»Es curioso lo que hemos logrado en biogenética. Podemos reducir hombres, como los antiguos jíbaros reducían sus cabezas. Un hombre puede ser una hormiguita y luego convertirse en un gigante. Eso es factible.

—Lo sé. Mi guardia ha sido creada por el doctor Piccard. Excelentes muchachos todos ellos.

—Sí, muy buenos y de gran corazón. Pero dóciles y obedientes —replicó Jan—. Y sé que muchas veces han cargado contra manifestantes, diezmando enormes grupos de personas que exigían una ley o una reivindicación.

— ¡Los eternos descontentos! —exclamó el presidente Haak, tristemente —. Pero esos no cuentan.

—En mi criterio sí cuentan, excelencia —replicó Jan—. Hay una gran mayoría que no quieren guerra espacial contra los «togarkos».

— ¡Porque no quieren admitir nuestras necesidades de expansión! En Europa, el pueblo trabaja tres horas diarias. Vivimos dominados por la tiranía del ocio, con leyes tan desastrosas como «abajo el laborismo» y viva la total automatización. Por la misma causa, nadie quiere luchar... ¡En cambio, todos aspiran a vivir lo más cómodamente posible!

—Eso es un gran adelanto y no un atraso, excelencia. Da más rendimiento un hombre dedicado a lo que ahora llamamos «afición» que los obreros cumpliendo su deber de tres horas. Pero, por favor, no cambiemos el tema de la conversación.

»El presidente Tillsner me pidió parecer sobre esa nave de pigmeos que usted desea enviar a Togark, en la cual emplearán seis años en llegar, consumiendo entre todos menos de dos sacos de alimentos, para, una vez allí, aumentarlos a proporciones gigantescas y hacerlos luchar contra los «togarkos».

—Y ¿qué ha dicho usted al presidente Tillsner? —inquirió el presidente de

la Federación Europea, anhelante.

—Le respondí que no me parece acertado.

Haak no pudo ocultar su decepción.

— ¿Puedo saber la razón?

—Sí, para eso he venido, excelencia —contestó Jan, sonriendo dulcemente—. Sé que enviar cien mil hombres a Togark, convertidos en pigmeos y una vez allí aumentados hasta transformarlos en hombres-montañas, es un sueño utópico.

— ¿Utópico?

—Irrealizable.

— ¿Por qué?

—He hecho la prueba. Podemos reducir o aumentar el tamaño de los seres a voluntad, pero luego no es posible hacerlos volver a estados diametralmente opuestos. Es una condición del ser. Se le puede modificar, sí, y hasta, posiblemente, se podría devolverle a su estado natural. Pero jamás se puede convertir un insecto en un gigante, si antes ha sido microbio.

—Son leyes muy extrañas esas. Y tengo la impresión de que me está usted mintiendo por razones pacifistas.

Jan Alderney sonrió y dijo:

—Un diplomático no puede aceptar una mentira como razón de estado. Sería intolerable. Pero un científico no puede mentir diplomáticamente. Sería una vergüenza.

Haak sonrió también y se levantó, diciendo:

—Si el presidente Tillsner ha decidido no prestarme su colaboración, jamás hubiese encontrado un embajador mejor que usted, profesor Alderney. Es el más perfecto que he recibido jamás... Atendamos a nuestros invitados y amigos. Ya hablaremos más tarde, seriamente de esto.

* * *

El profesor Julius Piccard era en la Federación Europea lo que Jan Alderney era en la Federación Americana. Aparte de su intelecto colosal, resultó un hombre joven, agradable, elegante y refinado.

Primero saludó a su presidente, besó después la mano de Rona y de la esposa del presidente, y terminó por encararse con Jan, en una franca sonrisa.

Todos vestían el «smoking» plateado de las grandes ceremonias, que era idéntico para ambos sexos. Su forma era complicada, pero elegante.

— ¡Amigo mío! —dijo Julius Piccard, en tono de profunda admiración tomando ambas manos de Jan—. ¡Cuánto esperaba este momento!

Era como el encuentro de Stanley y Livingstone en el África del siglo XIX. La ciencia de América y Europa, en su más alta expresión, se encontraban cara a cara por vez primera, aunque ambos hombres ya se conocían por telefotovisión internacional, e incluso se habían consultado por «teleimagen» numerosas veces.

El presidente Haak no podía ocultar su satisfacción.

—Dos grandes hombres se encuentran —dijo a Rona.

Asidos del brazo, Piccard y Alderney fueron hacia la terraza, donde les habían preparado la cena.

—Las circunstancias me han traído a París como embajador del presidente Tillsner —dijo Jan—. Esto, sabes muy bien, no es lo mío.

—Nosotros nos debemos por entero a la humanidad —respondió Piccard —. Sé por qué estás aquí.

—Entonces ahorrémonos palabras. ¿Crees que la idea del presidente Haak es factible?

—Sí —dijo Piccard.

— ¿Cuál ha sido tu último coeficiente neurosico-métrico? —preguntó Jan, como si quisiera cambiar de tema.

—Ciento diez.

—Lo siento, Julius. El último que me hicieron en Washington fue de ciento doce. Y creo que la idea de Haak es irrealizable.

Piccard pareció encajar el golpe, pero no se alteró.

—Yo he reducido un cobayo al tamaño de un insecto y luego he hecho un caballo de él. ¿Quieres venir mañana al Centro Nacional de Biología?

—Iré. Eso me interesa. Y, a decir verdad, puede que yo también pudiera hacerlo... ¡Pero no lo haré jamás con un hombre! Escucha, Julius. Nosotros tenemos una gran responsabilidad en esto. Si el presidente Haak me pide parecer para enviar cien millones de hombres a Togark, hombres como tú y como yo, normales, para enfrentarse en una lucha contra los gigantescos «togarkos», mi respuesta puede ser afirmativa.

»Yo pienso y siento así, y así se lo expuse al presidente Tillsner. Pero no se trata de eso. Haak quiere introducir en una cáscara de nuez a cien mil embriones humanos y una vez en Togark, convertirlos en cien mil titanes. Y no dudo que pudiera hacerse, pero me sentiría después como se sintió Openheimer después de haberse lanzado la primera bomba atómica sobre el Japón. Estoy seguro de que se sintió un traidor a la ciencia. Y sé que Dios no nos ha dado un coeficiente ciento doce para dedicarlo a la exterminación de una raza.

El presidente Haak, que había callado hasta entonces, intervino:

— ¿Prefiere usted que sean los «togarkos» los que vengan a nuestro sistema a dominarnos?

—No esgrima ante mí ese argumento, excelencia —dijo Jan muy serio—. Yo tomé parte en la destrucción de la «pogonomyrmex maximus» y no olvidaré jamás aquella experiencia. Si es necesario, iría Togark a convencerles de que somos hermanos y que la guerra es un delito.

»No crea su excelencia que aumentará su prestigio con esa expedición. Hemos perdido sesenta hombres. Y ¿qué? En accidentes de tráfico perdemos todos los días sesenta mil: ¿Hay que acabar con los bólidos?

»Si no somos capaces de conquistar el universo por medios pacíficos, es preferible quedarse aquí y esperar a que vengan a dominarnos.

— ¿Prefiere usted la esclavitud a la lucha?

—No me ha entendido. Sé que los «togarkos» jamás vendrán a nosotros. No podrían moverse en nuestro ambiente. Formamos parte de mundos distintos.

—Pero pueden venir otras razas. Los caminos del universo están abiertos ya.

—Nosotros hablamos de lo que algunos consejeros de su excelencia manifiestan. Son gentes ambiciosas, que quieren escalar fama y prestigio. Y están equivocados. Pese a lo que diga Julius Piccard, yo sé que esa expedición es irrealizable.

»El presidente Tillsner me ha autorizado a decirles que la hagan ustedes. Aquí tienen medios y recursos. Incluso pueden conseguir que los hombres disminuyan y luego aumenten. Julius está preparado para eso. Pero habrá de ir él a Togark... ¡Y si fracasa, Europa habrá perdido un Coeficiente ciento diez, que es una gran pérdida! Pero, a continuación, el presidente quedará desprestigiado y no resistirá una nueva elección.

El famoso biogenético Piccard no replicó. Lo mismo hizo el presidente Haak. Ambos habían pensado muchas veces en lo que ahora les estaba diciendo Alderney.

Se sentaron en la mesa íntima, bajo las estrellas. Las luces de la terraza, indirectas, alumbraban suavemente el ambiente. Una música dulce y melódica llegaba hasta ellos como arrastrada por la brisa.

— ¿Cenamos? —preguntó la esposa del presidente Haak, con timidez.

—Sí, querida —replicó Haak—. Empiezo a sentir alegría por haber hablado con el profesor Alderney... Lo digo en serio.

—Me alegro infinito —dijo Jan, volviéndose a la silenciosa Rona—. ¿Qué dices tú, profesora Alderney?

—Digo que es maravilloso estar aquí, a orillas del río más limpio y cuidado del mundo. ¿Cómo logran tener las aguas tan limpias?

—Filtramos el agua. Y hasta me sugirieron perfumarlo con aromas de la campiña francesa. Es curioso, dije que no.

— ¿No? ¿Por qué?

—Perderíamos el perfume de la noche de París —contestó el presidente—. Este ambiente natural es inimitable. Aquí ya no tenemos humos de fábricas ni de automóviles viejos. Conservamos nuestra atmósfera como conservamos nuestro suelo y nuestro viejo mundo, con sus antiguas tradiciones y su constante progreso. Eso es Europa. Creo que en América no han sabido entender nuestra poesía.

Jan Alderney sonrió y dijo:

— ¿Y quiere usted empañar todo esto con sangre?

—Somos veinte mil millones de seres, profesor.

— ¿Por qué no envían gente a Marte, a Júpiter, a Saturno, etcétera? Aquello es inmenso.

—No quieren irse. Aquí está todo hecho y allí tienen que hacerlo todavía.

La gente está pegada a sus tradiciones ancestrales. Es inicuo enviar a trabajar rudamente a tanto artista y sabio como tenemos aquí.

Jan sonrió.

—Quizá no han sabido mostrarles los alicientes de esos mundos fantásticos. Presionen por ahí. Siempre es preferible que vayan a construir mundos que no a destruirlos.

Hubo una breve pausa, mientras los mayordomos servían la suntuosa mesa. Luego el presidente Haak preguntó a Jan:

— ¿Nos ayudarían en eso los americanos?

—Sí, estoy absolutamente convencido de que les ayudarían.

Rona Alderney levantó su copa. Los demás le imitaron.

—Por la Humanidad —brindó Rona.

FIN

Otros títulos de este autor últimamente publicados:

GUERRA APACHE
Colección Seis Tiros n.° 410

* * *

VALLE BRONCO
Colección Arizona n.° 426

* * *

GUERRILLA BLANCA
Colección Hazañas Bélicas n.° 690

* * *

AÑO 500.000
Colección Espacio n.° 462

* * *

FUTURO TÉCNICO
Colección Ciencia Ficción n.° 50

Próximo número:

EL REBELDE

No quería someterse a las leyes
de aquel universo matemático.
Las máquinas ordenaban
y todo el mundo, como
carente de albedrío, se sometía.
¡Pero aquel no era su caso!
Él no era un esclavo y,
contra todo, se revelaría.

HAZAÑAS BÉLICAS

SIOUX

ESPUELA

Precio: 9 ptas.

BOLSILIBROS TORAY

OESTE



ARIZONA
Publicación quincenal. 9 ptas.



HURACÁN
Publicación quincenal. 9 ptas.



RUTAS DEL OESTE
Publicación quincenal. 9 ptas.

SIOUX
Publicación quincenal. 9 ptas.



SEIS TIROS
Publicación quincenal. 9 ptas.

ESPUELA
Publicación quincenal. 9 ptas.



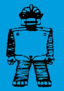
BEST-SELLERS DEL OESTE Los mejores "westerns" americanos.
Precio: 20 ptas. Publicación quincenal.

GUERRA

HAZAÑAS BÉLICAS Publicación quincenal. 9 ptas.



ANTICIPACIÓN



CIENCIA FICCIÓN
Publicación quincenal. 9 ptas.



ESPACIO
Publicación quincenal. 9 ptas.

ESPIONAJE



Aventuras de dos extraordinarios espías.
9 ptas. Publicación quincenal.



Una selección de autores franceses.
Precio: 30 ptas. Publicación mensual.

POLICÍACO

HURÓN Los maestros europeos de hoy en narraciones de intriga, crímenes, suspense... Precio: 50 ptas. Publicación quincenal.

